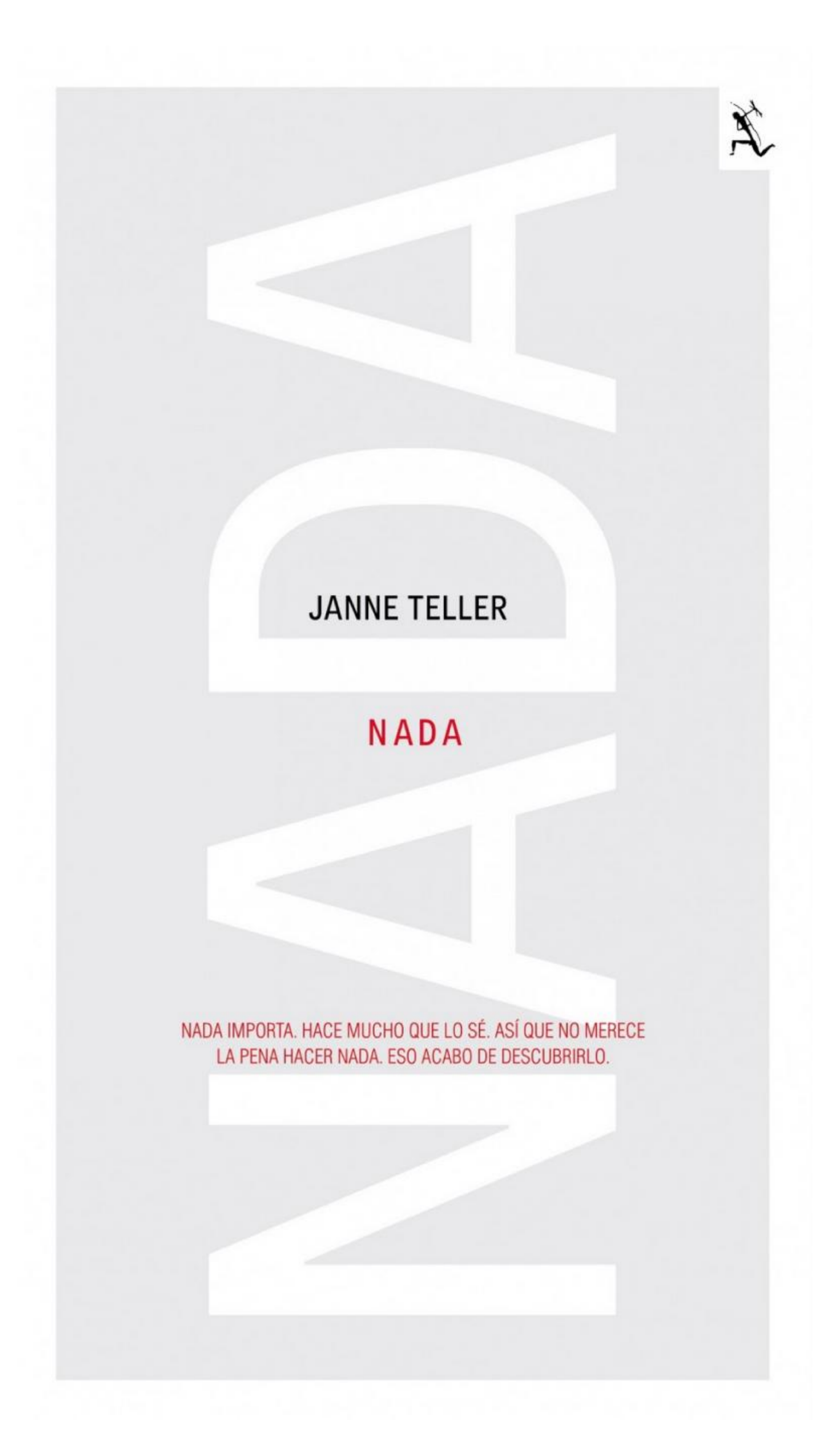

NADA
JANNE TELLER
NADA
NADA IMPORTA. HACE MUCHO QUE LO SÉ. ASÍ QUE NO MERECE
LA PENA HACER NADA. ESO ACABO DE DESCUBRIRLO.

Seix Barral Biblioteca furtiva

Janne Teller
Nada

Traducción del danés por Carmen Freixenet

Título original: *íntet*

Primera edición: enero 2011

I

Nada importa.
Hace mucho que lo sé.
Así que no merece la pena hacer nada.
Eso acabo de descubrirlo.

II

Pierre Anthon dejó la escuela el día que descubrió que no merecía la pena hacer nada puesto que nada tenía sentido.

Los demás nos quedamos.

Y a pesar de que el profesor se apresuró a borrar toda huella de él, tanto en la clase como en nuestras mentes, algo suyo permaneció en nosotros. Quizá por eso pasó lo que pasó.

Era la segunda semana de agosto. El fuerte sol hacía que nos sintiéramos holgazanes e irritables; el asfalto se pegaba a las suelas de goma de nuestras playeras, y las peras y las manzanas de puro maduras eran propicias a la mano para usar como misiles. No mirábamos ni a derecha ni a izquierda. Era el primer día de escuela tras las vacaciones de verano. La clase olía a productos de limpieza y a vacío prolongado, las ventanas nos devolvían reflejos de imágenes nítidas y deslumbrantes y no se veía rastro de polvo de tiza en la pizarra. Los pupitres se hallaban colocados de dos en dos en filas rectas como pasillos de hospital, tal y como sólo podía ocurrir ese único día del año. Clase de 7.° A.

Encontramos nuestros sitios sin que nos apeteciera zarandear la familiaridad de ese orden.

Con el tiempo, vienen los remedios, viene el desbarajuste. ¡Pero hoy no!

Eskildsen nos dio la bienvenida con la misma ocurrencia de cada año.

—Alegraos de este día, jovencitos —dijo—. No existiría lo que llamamos vacaciones si no existiera lo que llamamos escuela.

Nos reímos. No porque la ocurrencia fuera divertida, sino por la forma de decirlo.

Entonces fue cuando Pierre Anthon se levantó y dijo:

—Nada importa. Hace mucho que lo sé. Así que no merece la pena hacer nada. Eso acabo de descubrirlo.

Con entera tranquilidad se agachó, recogió sus cosas, que precisamente acababa de sacar, y las volvió a meter en la mochila. Se despidió con una inclinación de cabeza acompañada de un gesto de todo me da igual y abandonó la clase sin cerrar la puerta tras él.

Y la puerta sonrió. Era la primera vez que le veía hacer eso a la puerta. Pierre Anthon dejó la puerta entreabierta como fauces riendo que podían engullirme si me dejaba seducir y lo seguía. Sonreía. ¿A quién? A mí. A nosotros. Miré a mi alrededor y a todos, aquel molesto silencio me revelaba que los demás también se habían dado cuenta.

Íbamos a convertirnos en algo.

Y algo quería decir alguien. No era nada que se di-- jera en alto. Aunque tampoco por lo bajo. Simplemente era algo que estaba en el aire o en las horas o en la valla que rodeaba la escuela o en nuestra almohada o en nuestros peluches que injustamente, tras haber hecho su función,

yacían apilados en el sótano o en la buhardilla acumulando polvo. No lo sabía. La puerta sonriente de Fierre Anthon me lo reveló. Seguía sin saberlo con la cabeza, pero ahora lo sabía.

Tuve miedo. Miedo por Pierre Anthon.

Miedo, más miedo, muchísimo miedo.

Vivíamos en Taering, un barrio de una ciudad mediana de provincias. No era un lugar bonito, pero casi. Era lo que nos decían a menudo, ni en voz muy alta ni tampoco demasiado por lo bajo. Caserones de muros agrietados color amarillo y pequeñas parcelas con casas rojas rodeadas de jardín; nuevas casas adosadas, marrón grisáceo, y después pisos en los que vivían aquellos con los que nunca jugábamos. También había algunas viejas casas de ladrillo con entramado de madera y granjas que habían dejado de ser explotaciones agrarias para convertirse en parcelas para la construcción, y algunas mansiones blancas en las que vivía la gente más fina que nosotros.

La escuela de Tasring estaba situada en el cruce entre dos calles. Todos, excepto Elise, vivíamos en una de las dos, la llamada Taeringvei. Elise, a veces, se desviaba del camino dando un rodeo para ir con nosotros hasta la escuela. Eso era antes de que Pierre Anthon dejara la escuela.

Pierre Anthon vivía con su padre y el resto de la comuna en el número 25 de Tseringvei, en una granja venida a menos. El padre de Pierre Anthon y los miembros de la comuna eran hippies que aún vivían en 1968. Eso era lo que decían nuestros padres, y aunque no acabábamos de entender qué significaba, nosotros lo repetíamos. En el jardín de delante de la casa, junto a la calle, había un ciruelo. Un árbol grande, viejo y retorcido que se inclinaba sobre el seto tentándonos con ciruelas victoria de color rojo opaco que no alcanzábamos a coger. Los años anteriores saltábamos para cogerlas. Este año no. Pierre Anthon dejó la escuela para encaramarse a ese ciruelo, permanecer sentado en él y desde allí lanzar ciruelas todavía verdes. Algunas nos daban. No porque él apuntara hacia nosotros, ya que el esfuerzo no valía la pena, según afirmó. Sólo la casualidad lo quería así.

Y nos vociferaba.

—Todo da igual —dijo un día—. Porque todo empieza sólo para acabar. En el mismo instante en que nacéis empezáis ya a morir. Y así ocurre con todo.

»¡La Tierra tiene cuatro mil seiscientos millones de años, pero vosotros llegaréis como máximo a los cien! —chilló otro día—. Existir no merece la pena en absoluto.

Y continuó:

—Todo es un gran teatro que consiste sólo en fingir y en ser el mejor en ello.

Hasta entonces no había nada que nos hubiera hecho pensar que Fierre Anthon fuera el más inteligente de nosotros, pero de repente nos lo pareció a todos. Porque era él el que había dado con algo revelador. Aunque no nos atreviéramos a reconocerlo. Ni ante nuestros padres ni ante nuestros profesores ni tampoco entre nosotros. Ni tan siquiera en

nuestro fuero interno lo reconocíamos. No queríamos vivir en ese mundo que Fierre Anthon nos presentaba. Nosotros íbamos a ser algo, íbamos a ser alguien.

La puerta abierta sonriendo no nos tentaba.

De ninguna manera. ¡En absoluto!

Por eso se nos ocurrió todo. Que se nos ocurriera a nosotros quizá sea exagerar un poco porque, en realidad, fue Fierre Anthon el que nos puso sobre la pista.

Fue la mañana en que dos ciruelas duras, una tras otra, le dieron a Sofie en la cabeza y ella se enfadó de veras con Fierre Anthon porque pasaba las horas en el árbol arrebatándonos el coraje.

—Te pasas las horas muertas aquí pasmado mirando el aire. ¿Acaso sea eso mejor que lo nuestro? —le gritó ella.

—Ni al aire ni pasmado —respondió Pierre Anthon—. Miro al cielo y me ejercito en no hacer nada.

—¡Mierda haces, eso haces! —gritó Sofie enfadada y lanzó un palo hacia arriba, en dirección al árbol y a Pierre Anthon. Pero aterrizó en el seto lejos de él.

Pierre Anthon se rió y chilló tan fuerte que se le pudo oír desde la escuela.

—Si valiera la pena enfadarse por algo, también existiría algo por lo que alegrarse. Si mereciera la pena alegrarse por algo, existiría algo que importara. ¡Y no es así!

Todavía levantó la voz un tono más y aulló: —Dentro de pocos años, todos muertos y olvidados; os convertiréis en nada, así que también vosotros deberíais ya empezar a practicar.

Fue entonces cuando tuvimos claro que debíamos conseguir que Fierre Anthon bajara del ciruelo.

III

UN CIRUELO TIENE MUCHAS RAMAS.
MUCHAS Y LARGAS.
DEMASIADAS Y DEMASIADO LARGAS

La escuela Taering era grande y cuadrada, de cemento gris y de dos pisos. Realmente fea, pero a la mayoría de nosotros no nos sobraba tiempo para pensar en ello, y mucho menos ahora que todo nuestro tiempo se iba en procurar no pensar en lo que Fierre Anthon decía.

Pero ese martes por la mañana, transcurridos ocho días desde el inicio del nuevo curso, fue como si la fealdad de la escuela nos golpeara en la cara igual que una de esas amargas ciruelas de Fierre Anthon.

Yo, acompañada de Jan-Johan y Sofie, crucé la puerta del patio. Rikke-Ursula y Gerda iban justo detrás. Al girar la esquina y aparecer el edificio ante nuestros ojos, nos quedamos mudos. No puedo explicar qué, pero fue como si Pierre Anthon nos hubiera revelado la existencia de algo. Como si la nada que él vociferaba desde el ciruelo se hubiera apoderado de nosotrosipor el camino y se materializara ahora.

La escuela era tan gris y fea y cuadrada que casi me impedía respirar, y de repente fue como si la escuela fuera la vida y la vida no debiera tener ese aspecto, pero, sin embargo, lo tenía. Sentí una incontinente necesidad de correr hasta el número 25 de la calle Taering y trepar al ciruelo y quedarme junto a Pierre Anthon mirando al cielo hasta convertirme en parte del exterior y de la nada, y no tener que pensar nunca más. Pero iba a convertirme en algo y también en alguien, así que no corrí a ningún sitio y en vez de ello hinqué las uñas en la palma de mi mano hasta hacerme daño y sentir dolor.

¡Puerta sonriente, ciérrate, ciérrate de una vez!

No era la única que sentía la llamada del exterior.

—Tenemos que hacer algo —susurró Jan-Johan, bien bajo, para que los de la otra clase de séptimo que iban a unos pasos delante no nos oyeran. Jan-Johan sabía tocar la guitarra y cantar las canciones de los Beatles sin que pudiera notarse ninguna diferencia entre él y los auténticos.

—Sí —susurró Rikke-Ursula, de quien yo sospechaba que estaba un poco encaprichada por él, y al instante Gerda soltó una risita apagada a la vez que lanzaba un codazo que rompió en el aire, pues Rikke-Ursula acababa de avanzar un paso despegándose de ella.

—¿Pero, qué? —susurré yo y corrí porque ahora los de la otra clase de séptimo estaban sospechosamente cerca, y entre ellos estaban los chicos que al primer descuido hacían puntería con gomas y guisantes secos contra nosotras, y ese momento parecía que iba a llegar pronto.

Jan-Johan nos pasó un mensaje durante la clase de matemáticas y todos nos reunimos

abajo, en la cancha de fútbol, al terminar el día. Todos a excepción de Henrik. Porque Henrik era el hijo del profesor de biología y no queríamos correr ningún riesgo con él.

Primero pareció que se iba mucho tiempo hablando de otras cosas y fingiendo que no pensábamos todos en una misma y sola cosa. Pero al fin Jan-Johan se irguió y casi solemnemente dijo que le escucháramos con atención.

—Esto no puede continuar así —empezó diciendo, y así fue también como concluyó, después de decir sucintamente lo que todos sabíamos, es decir, que no podíamos continuar haciendo como si hubiera cosas que importaban mientras Pierre Anthon siguiese sentado en el ciruelo gritándonos que todo carecía de significado.

Acabábamos de empezar séptimo curso y todos éramos tan modernos y experimentados en la vida como para saber muy bien que todo consistía más en cómo lucían las cosas que en cómo eran. Sea como fuere, lo más importante era convertirse en algo que tuviera apariencia de algo. Y aunque este algo fuera un tanto vago y confuso, no era, en todo caso, como para quedarse sentado en un ciruelo lanzando ciruelas a la calle.

Pierre Anthon no tenía por qué pensar que podría convencernos de cualquier otra cosa.

—Seguro que se bajará cuando llegue el invierno y no queden ciruelas —dijo la guapa Rosa.

No sirvió de mucho.

En primer lugar, el sol cubría el cielo prometiendo varios meses de buen tiempo antes de la llegada del invierno. Por otra parte, no había razón alguna para suponer que Pierre Anthon no se quedara sentado en el ciruelo cuando ya no quedaran ciruelas. Sólo tenía que abrigarse bien.

—Entonces tendréis que darle una paliza —dije mirando a los chicos, porque estaba claro que aunque las chicas pudiéramos contribuir con arañazos, eran ellos los que debían hacer el trabajo duro.

Los chicos se miraron unos a otros.

Y decidieron que no era una buena idea. Pierre Anthon era ancho y fuerte y con cantidad de pecas en la nariz que una vez, yendo a quinto, se rompió por darle un cabezazo a un chico que iba a noveno. Y a pesar de su nariz rota, ganó la pelea. Al chico que iba a noveno lo ingresaron en el hospital con conmoción cerebral.

—Es mala idea eso de pegarse —dijo Jan-Johan.

Los demás chicos asintieron y no se habló más del asunto, aunque en nosotras disminuyó el respeto que les teníamos.

—Debemos rezar a Nuestro Señor —dijo el piadoso Kai, cuyo padre pertenecía a La Misión y era alguien importante allí dentro y, por lo visto, también su madre.

—Cierra el pico —atronó Ole y le pegó tan fuerte que el piadoso Kai no pudo mantener el pico cerrado porque gritó como un pollo decapitado y los demás tuvimos que sujetar a Ole para que los chillidos no atrajeran al conserje.

—Podemos presentar una queja —propuso la pequeña Ingrid, tan pequeña que no siempre recordábamos que estaba con nosotros.

Pero hoy lo recordamos y respondimos a coro:

—¿A quién?

—A Eskildsen.

La pequeña Ingrid se percató de la incredulidad en nuestras miradas. Eskildsen era nuestro tutor, llevaba gabardina negra, reloj de oro y no se inmutaba ante los problemas, fueran éstos pequeños o grandes.

—Al subdirector entonces —continuó diciendo.

—El subdirector. —gruñó Ole, y le hubiera pegado si Jan-Johan no se hubiera interpuesto rápidamente entre los dos.

—No podemos quejarnos ni a Eskildsen ni al subdirector ni a ningún adulto, porque si nos quejamos de Pierre Anthon subido al ciruelo, tendremos que explicar lo que dice. Y eso es imposible, porque los adultos no querrán oír que sabemos que en realidad nada tiene sentido y que todos simplemente fingimos.

Jan-Johan abrió los brazos y al momento nos imaginamos a todos los expertos, pedagogos y psicólogos que vendrían a analizarnos, a hablarnos y convencernos hasta que al fin desistiéramos y volviéramos a fingir que algunas cosas importaban. Tenía razón: era tiempo perdido, no nos llevaría a ninguna parte.

Durante un rato nadie dijo nada.

Miré hacia el sol frunciendo los ojos y después miré los palos de la portería sin red, y luego la arena de la pista de lanzamiento de pesos, las colchonetas para saltos de altura y la pista de los cien metros. Una leve brisa se arremolinó en los setos de haya que rodeaban el campo de fútbol, y de repente fue como si estuviera en la clase de gimnasia un día corriente, y casi olvido por qué debíamos conseguir que Fierre Anthon bajase del ciruelo. «Por mi parte puede quedarse allí sentado y chillando hasta que se pudra», pensé. Pero no lo dije. La certeza del pensamiento duró sólo el instante de ser formulado.

—Tirémosle piedras —propuso Ole, y entonces iniciamos una larga discusión acerca de dónde encontraríamos las piedras, lo grandes que debían ser y quién las tiraría, porque la idea era buena.

Buena, mejor, la mejor.

No teníamos otra.

IV

Una piedra, dos piedras, muchas piedras.

Estaban en la carretilla que el piadoso Kai usaba normalmente para repartir los periódicos locales cada martes por la tarde, además de la hoja parroquial el primer miércoles del mes. Las habíamos recogido abajo en el río donde eran grandes *y* redondas *y* la carretilla pesaba como un caballo muerto.

Estábamos todos a punto de vomitar.

—Como mínimo dos piedras para cada uno —ordenó Jan-Johan.

Ole se cuidaba de que nadie se escaqueara. Incluso al sagaz Henrik había sido convocado y había lanzado sus dos piedras sin que éstas alcanzaran, ni mucho menos, al ciruelo. Las de Maiken y Sofie cayeron un poco más cerca.

—¿Os asustáis por nada vosotros, eh? —gritó Fierre Anthon mirando la piedra de Rikke-Ursula que acabó miserable en el seto.

—¡Te estás aquí arriba sentado sólo porque tu padre se ha quedado colgado en 1968! —gritó el gran Hans y lanzó una piedra que, internándose en el árbol, chocó contra una ciruela y esparció su pulpa Jugosa por doquier.

Vitoreamos por todo lo alto.

Yo también vitoreé, a pesar de saber que ni una cosa ni la otra eran ciertas. El padre de Pierre Anthon y los miembros de la comuna cultivaban verduras ecológicas y practicaban religiones exóticas, y eran proclives a acoger espíritus, tratamientos alternativos y a otros seres humanos. Pero ésta no era la razón por la que no era cierto. No era cierto porque el padre de Pierre Anthon llevaba el pelo cortado al rape y trabajaba en una empresa informática y todo era muy moderno, y nada tenían que ver ni él ni Pierre Anthon con 1968.

—¡Mi padre no se ha quedado colgado en nada, ni yo tampoco! —gritó Pierre Anthon y se secó un poco el jugo del brazo—. Yo estoy sentado en la nada, que no es lo mismo. ¡Y mejor estar sentado en la nada que en algo que no es nada!

Era temprano por la mañana.

El sol lanzaba destellos oblicuos desde el Este, es decir, directos a los ojos de Pierre Anthon. Y tenía que protegerse haciéndose sombra con una mano para poder vernos. Nosotros estábamos de pie con el sol a nuestra espalda, junto a la carretilla de los periódicos, al otro lado de la acera, donde era difícil que nos alcanzaran las ciruelas de Pierre Anthon.

No respondimos a sus palabras.

Le tocaba a Richard. La primera piedra que lanzó dio con fuerza en el tronco del ciruelo y la otra pasó silbando entre las hojas y las ciruelas y casi rozó la oreja izquierda de Pierre Anthon. Entonces tiré yo. Nunca he tenido buena puntería, pero estaba enojada y decidida a dar en el blanco. Mientras que una de mis piedras fue a parar al seto, al lado de Rikke-Ursula, la otra dio con fuerza en la rama donde estaba sentado.

—Entonces, Agnes —gritó Pierre Anthon—. ¿Tanto te cuesta creer que nada importa?

Lancé una tercera piedra y esa vez debí de darle porque sonó un au y durante un instante se hizo el silencio total en la copa del árbol. Después tiró Ole, pero demasiado alto y demasiado lejos y Pierre Anthon volvió a vociferar:

—Si vivís hasta los ochenta, habréis dormido treinta años, ido a la escuela y hecho deberes cerca de nueve años y trabajado casi catorce años. Como ya habéis empleado más de seis años en ser niños y jugar, y después gastaréis, como mínimo, doce años en limpiar, hacer la comida y cuidar a los hijos, os quedarán como máximo nueve años para vivir. —Entonces lanzó una ciruela al aire que trazó un débil arco antes de caer pesadamente en la cloaca—. Y todavía osaréis emplear esos nueve años en fingir que tenéis éxito actuando en este teatro sin sentido, cuando en lugar de ello podríais disfrutar de esos años inmediatamente.

Cogió todavía una ciruela más. Indolente, se inclinó hacia atrás en la bifurcación entre dos ramas a la vez que sopesaba el fruto en la mano. Le dio un gran mordisco y se rió; las victorias estaban casi maduras.

—¡No es un teatro! —vociferó Ole amenazándole con el puño.

—¡No es un teatro! —se unió el gran Hans haciendo volar una piedra.

—¿Por qué finge todo el mundo que todo lo que no es importante lo es y mucho, y al mismo tiempo todos se afanan terriblemente en fingir que lo realmente importante no lo es en absoluto?

Pierre Anthon se rió y se secó con la manga el jugo de ciruela de la barbilla.

—¿Por qué es tan importante expresar gratitud por la comida y por la última vez que nos vimos, y gracias y buenos días y cómo te va, si bien pronto ninguno de nosotros no irá ya a ninguna parte, bien que lo sabéis todos, cuando en vez de eso puede uno quedarse aquí sentado, comiendo ciruelas, observando la rotación de la Tierra y acostumbrándose a ser parte de la nada?

Las dos piedras del piadoso Kai salieron disparadas una tras la otra.

—Cuando nada importa es mejor no hacer nada que hacer algo, principalmente si ese algo es tirar piedras porque uno no se atreve a trepar al árbol.

Salieron piedras disparadas de todos lados en dirección al ciruelo. Los turnos ya no valían. Las lanzaron a la vez y al poco se escuchó un chillido de Pierre Anthon que, con un fuerte batacazo, cayó de la rama yendo a dar en la hierba junto al seto. Eso estuvo bien porque se nos habían acabado las piedras y eran las tantas. El piadoso Kai tenía que irse inmediatamente a casa con la carretilla de los periódicos si quería llegar a la escuela antes de que sonara el timbre.

A la mañana siguiente, cuando pasamos por delante camino de la escuela, el ciruelo estaba en silencio.

Ole fue el primero en cruzar la calle, seguido del gran Hans, quien, con un fuerte salto, alcanzó dos victorias y las arrancó junto a un montón de hojas a la vez que pegaba un fuerte chillido; al no ocurrir nada los demás lo seguimos con júbilo.

¡Habíamos ganado!

La victoria es dulce. La victoria existe. La victoria.

Dos días después Pierre Anthon estaba de vuelta en el ciruelo con tiritas en la frente y nuevas ocurrencias.

—Aunque aprendáis algo que os haga creer que sabéis algo, siempre habrá alguien que sabrá más de ese tema que vosotros.

—Cierra el pico —le contesté yo vociferando—. ¡Yo me voy a convertir en algo que significará algo! ¡Y seré famosa en todo el mundo!

—Claro que sí, Agnes —la voz de Pierre Anthon sonaba ahora amistosa, casi compasiva—. Te convertirás en diseñadora y te pavonearás por ahí con tus zapatos de tacón alto, representando tu papel de forma inteligente y consiguiendo que otros piensen que también ellos son inteligentes si llevan precisamente la ropa de tu marca —meneó la cabeza—. Pero te darás cuenta de que eres una payasa en un insulso circo en el que todos intentan convencerse mutuamente de que es de vital importancia tener un determinado aspecto ese año y otro diferente al siguiente. Y también descubrirás que la fama y el gran mundo están fuera de ti y que tu interior está vacío, y así será hagas lo que hagas.

Miré a mi alrededor, pero en la calle no había ninguna piedra a tiro.

—¡Cierra el pico! —chillé, pero Pierre Anthon continuó.

—¿Por qué no reconocer de inmediato q»e nada importa y disfrutar de la nada presente?

Levanté el dedo corazón.

Y Pierre Anthon sólo se rió.

Furiosa, agarré a Rikke-Ursula del brazo porque ella era mi amiga, mi amiga de pelo azul y seis trenzas, y eso, a pesar de todo, era algo. Azul, más azul, lo más azul. Si mi madre no me lo hubiera prohibido determi-nantemente, yo también hubiera llevado el pelo azul. Así que tenía que conformarme con las seis trenzas que con mi fino y greñudo pelo no me quedaban muy favorecedoras, pero a pesar de todo eran algo.

No pasaron muchos días hasta que Jan-Johan nos convocó de nuevo en la cancha de fútbol.

No salía ninguna propuesta buena, sólo montones de malas. A Ole ya no lo aguantábamos, y si no hubiera sido el más fuerte de la clase —es decir, desde que Pierre Anthon había dejado la escuela— le habríamos dado una paliza.

Precisamente cuando nos disponíamos a abandonar porque no podíamos dar con una idea buena, Sofie dio un paso al frente.

—Tenemos que demostrarle a Pierre Anthon que existen cosas que importan —fue todo lo que dijo pero fue más que suficiente porque de inmediato todos supimos qué hacer.

A la tarde siguiente nos pusimos manos a la obra.

V

Sofie vivía justo donde Taering deja de ser ciudad y se convierte en campo. Detrás de la casa de muros amarillos donde vivía con sus padres, había un descampado con una serrería en desuso en uno de los extremos. La serrería no estaba en funcionamiento e iba a ser derribada para acoger un polideportivo del que los importantes de la ciudad habían hablado durante años. Ya nadie creía realmente en ese polideportivo y, aunque la serrería estuviera en ruinas, con los cristales reventados y un agujero en el techo, se mantenía todavía en pie y era exactamente lo que necesitábamos.

A la hora del recreo le dimos una, dos o cinco coronas a Jan-Johan, que corrió hasta la ferretería, compró, pagó y volvió también corriendo y con un flamante candado con código.

Tuvimos una discusión acerca del código a escoger, porque todos y cada uno de nosotros pensábamos que nuestra fecha de nacimiento era el mejor. Pero al final nos pusimos de acuerdo en el cinco de febrero porque era el día en que Pierre Anthon había nacido. Cinco-cero-dos fueron los números que nos esforzamos en memorizar, tanto que nos olvidamos de los ejercicios y de escuchar en clase, hasta que el profesor Eskildsen abrigó sospechas y preguntó si la cocorota se nos había llenado de pájaros o era sólo que acabábamos de perder la poca sustancia gris que albergaba.

No le contestamos. Ni uno solo de nosotros. ¡ Cinco-cero-dos!

Teníamos la serrería, teníamos el candado y sabíamos qué hacer. De todas formas era más difícil déio que habíamos imaginado. Pierre Anthon llevaba un poco de razón en eso de que no importaba nada, y no era nada fácil juntar cosas que sí importaran.

De nuevo fue Sofie quien nos salvó.

—Finjamos sólo —dijo, y poco a poco dimos todos con algunas triquiñuelas que nos sirvieron de ayuda.

Elise recordó que una vez lloró; tenía seis años, y un perro schafer mordió la cabeza de su muñeca, así que rebuscó a la vieja muñeca y su cabeza descuajada en las cajas del sótano y trajo las dos partes a la serrería en desuso. El piadoso Kai trajo un viejo salterio al que le faltaban las tapas y no pocos salmos, pero que a pesar de esto, de la página 27 a la 389, estaba entero y sin más pérdidas. Rikke-Ursula entregó un peine nacarado al que sólo le faltaban dos púas, y Jan-Johan contribuyó con un cásete de los Beatles que había perdido el sonido, pero que nunca había sido capaz de tirar.

Otros fuimos de casa en casa preguntando a sus dueños si nos podían dar una u otra cosa que significara algo para ellos. Nos dieron con una o dos puertas en las narices, pero conseguimos las cosas más extrañas y nunca vistas. Los ancianos fueron los mejores. Nos dieron perros de porcelana que podían cabecear y que sólo tenían alguna pequeña resquebrajadura, fotografías de padres que ya hacía tiempo que habían fallecido o juguetes de los hijos que habían crecido hacía mucho. También nos dieron algunas prendas viejas de ropa, queridas aunque

andrajosas, incluso una rosa de un ramo de novia de hacía treinta y seis años.

A nosotras, las chicas, la rosa nos impresionó, porque era algo que importaba, ese sueño de convertirse en una novia de blanco con un bonito ramo en la mano y que besa al hombre que será suyo para toda la vida. Pero entonces Laura, que era la que lo había recogido, dijo que la señora se había divorciado cinco años después de casarse. Y ya que muchos de nuestros padres estaban divorciados, si es que alguna vez habían estado casados, el sueño podía muy bien irse al traste.

El montón de significado crecía y crecía.

En pocos días alcanzó la estatura de la pequeña In-grid. Sin embargo era de significado endeble. Sabíamos todos muy bien que todo lo que habíamos juntado, en realidad, significaba muy poco para nosotros; siendo así, ¿cómo persuadiríamos a Pierre Anthon de la importancia de aquello?

No, nos desenmascararía de inmediato.

Nada de nada. En absoluto. Nada.

Una vez más Jan-Johan nos convocó a todos. De modo que tuvimos que reconocer que realmente existían cosas que nos importaban, aunque, por supuesto, no eran muchas ni muy importantes. Pero vale, era mejor que lo que hasta ahora teníamos.

Dennis fue el primero. Llegó con una pila de libros de la serie *Dungeons & Dragons* leídos y releídos, casi se los sabía de memoria. Y Ole descubrió enseguida que faltaban cuatro volúmenes de la serie y Dennis tuvo que apechugar y soltarlos también.

Primero vociferó y dijo que Ole podía ocuparse de sus asuntos, porque no tenía intención de entregar la totalidad de la colección, que nosotros sabíamos que no era parte del plan, y que éramos repugnantes, todos nosotros. Pero, por supuesto, cuanto más chillaba Dennis más le decíamos nosotros que él mismo podía ver lo mucho que significaban esos libros para él. ¿Y acaso no habíamos acordado precisamente que lo que más nos importara iría a parar al montón para que éste hiciera bajar a Pierre Anthon del ciruelo?

Cuando Denis entregó los cuatro últimos libros de la serie *Dungeons & Dragons* fue como si se abriera una brecha en el significado. Porque Dennis sabía que Sebastian estaba prendado de su caña de pescar. Y Sebastian sabía que Richard adoraba su balón negro de fútbol. Y Richard había notado que Laura siempre iba con sus pendientes de cacatúas africanas.

Deberíamos habernos detenido antes de ir más lejos. De un modo u otro, era demasiado tarde, aunque yo hice todo lo que pude.

—No, a éstas no les tengo especial apego —dije.

—¡Ja! —se rió con sorna Gerda y señaló mis sandalias verdes con plataforma; me había pasado todo el verano intentando convencer a mi madre para que me las comprara y *sólo* había *accedido* ahora que había rebajas y estaban a mitad de precio.

Lo sabía. Y para ser sincera, fue sin duda por eso que intenté pararlo todo. Que alguien

señalara mis sandalias era sólo cuestión de tiempo. Pero que fuera acompañado de mofa, ¡oh, la tonta y maliciosa Gerda!, lo empeoró todo. Primero intenté hacer como si tal cosa, como si no me hubiera percatado de lo que Gerda señalaba, pero Laura no me dejó escapatoria.

—Las sandalias, Agnes —dijo, y ya no había nada que hacer.

Me puse en cuclillas e iba a desabrochármelas, pero no podía hacerlo y me levanté.

—No puedo —dije—. Mi madre me preguntará que dónde están, *y* entonces los mayores lo descubrirán todo.

Creí ser astuta. Pero no.

—¿Te crees mejor que los demás? —chilló Sebastian—. ¿Crees que mi padre no se pregunta dónde está la caña de pescar? —Y como para dar fuerza a sus palabras agarró el hilo y el anzuelo que colgaba oscilando en mitad del montón.

—¿Y el mío, dónde están mis libros?

—¿Y el mío, dónde está mi balón de fútbol?

—¿Y el mío, dónde están mis pendientes?

Había perdido y lo sabía; sólo pedí que se aplazara la entrega un par de días.

—Sólo hasta que se acabe el verano.

No hubo compasión alguna. Pero permitieron que Sofie me prestara un par de playeras para que no tuviera que volver descalza a casa.

Las playeras me iban pequeñas y me hacían daño en el dedo gordo, y el camino a casa desde la serrería se me hizo más largo de lo acostumbrado. Me eché a llorar al volver la esquina y enfilar sola el último tramo de calle hasta casa.

No entré, me senté en el cobertizo de las bicicletas donde nadie podía verme ni desde la calle ni desde la casa. Empujé las playeras y les di una patada que las clavó en un rincón. La imagen de mis dos sandalias verdes con plataforma en lo alto del montón no se esfumaba de mi mente.

Miré mis pies descalzos y me dije a mí misma que Gerda me las pagaría.

VI

Me costó tres días encontrar el punto débil de Cerda y durante esos tres días fui terriblemente amable con ella.

. Nunca me había preocupado de Gerda. Tenía esa forma de escupir cuando hablaba, y todavía más cuando se reía, y además lo hacía de continuo. Aparte, se pegaba siempre a Rikke-Ursula y no la dejaba en paz, y ella era mi mejor amiga y además era muy especial. Aparte de sus seis trenzas azules, vestía sólo de negro. Si mi madre no me hubiera saboteado todo el tiempo con compras de ropa coloreada, también yo me hubiera vestido sólo de negro. Tal y como estaban las cosas, tenía que conformarme con un par de pantalones negros, dos camisetas negras con chistes en inglés y un jersey de lana negro que daba demasiado calor a principios de septiembre.

Pero ahora todo giraba en torno a Gerda.

Cambiaba la goma del pelo con la suya, le susurraba cosas de los chicos y le confesé que me gustaba mucho el gran Hans (lo cual no era ni mucho menos cierto, pero aunque no hay que mentir, esa mentira era lo que mi hermano mayor llamaba *fuerza mayor*, de cuyo significado no estaba del todo segura pero que en todo caso implicaba que precisamente en ese momento se tenía autorización para decirla).

Los primeros dos días no saqué mucho provecho del ardid. Gerda no parecía tener especial debilidad por nada. O quizás me había desenmascarado. Tenía unos cromos viejos que le había regalado su abuela, pero sabía que no había jugado con ellos desde que iba a quinto. Después me enseñó una fotografía de Tom Cruise, por el que estaba arrebatadamente loca y al que besaba cada noche antes de acostarse. También tenía una pila completa de revistas románticas con médicos que besaban a enfermeras y después vivían felices el resto de sus días. Tengo que reconocer que a veces hubiera deseado que me las prestara y seguramente Gerda habría derramado una o dos lágrimas si hubiera tenido que deshacerse de ellas, pero aun así eran fruslerías y en el fondo nada importante. No, no, fue el tercer día cuando di con ello.

Descubrí su punto débil cuando estábamos sentadas en la habitación de Gerda bebiendo té y escuchando una cinta que su padre acababa de regalarle. Los dos días anteriores habíamos estado en la habitación que Gerda tenía en casa de la madre, repleta de objetos típicos de chica y chucherías. Ahora estábamos en la habitación que Gerda tenía en casa del padre, con quien vivía a semanas alternas. Y lo que convertía la habitación de casa del padre en especial no era ni el equipo estereofónico ni el sillón de plástico hinchable ni las fotografías de ídolos que colgaban de la pared. No, porque todo eso también lo tenía en casa de la madre. Era que en la esquina había una jaula gigante con un diminuto hámster.

El hámster se llamaba Oscarito y Oscarito fue lo q je al día siguiente le dije a Gerda que debía aportar al montón de significado.

Gerda lloró y dijo que se chivaría de lo del gran Hans. ¡Ay, no, cómo me reí cuando le

conté que era mentira y sólo *fuerza mayor*. Eso la hizo llorar todavía más, profiriendo a la vez que yo era la persona más infame que conocía. Y después de dos horas de llanto y todavía en un estado de total desconsolación, estuve al borde del arrepentimiento y pensé que quizá tuviera razón. Pero entonces miré mis sandalias verdes en lo alto del montón y no me rendí.

Rikke-Ursula y yo acompañamos a Gerda a recoger a Oscarito inmediatamente; no había que brindarle la posibilidad de escapar.

Su padre vivía en una de las nuevas casas adosadas de ladrillo y de color marrón grisáceo, especialmente en las partes con cemento, con grandes ventanas correderas en todas las habitaciones. Estaba situada en el otro extremo de Tasring, donde no hacía mucho había habido prados y corderos grises pastando. Que estuviera situada en el otro extremo de Taering hacía el trayecto largo y pesado, pero la dificultad más importante eran las grandes ventanas. El padre de Gerda estaba en casa, y tuvimos que sacar a Oscarito a escondidas. Es decir, Rikke-Ursula se quedó dentro en la habitación, mientras yo permanecía afuera, y ella me entregó a Oscarito y yo lo metí en la vieja jaula oxidada que habíamos encontrado para el caso. Gerda se quedó de pie sollozando en un rincón de la habitación sin querer ayudar en nada.

—¡Cállate ya! —le dije al final, cuando ya no podía resistir sus sollozos—. ¡O será un Oscarito muerto el que vaya a parar al montón!

Esto no la hizo callar, pero al menos suavizó el lloriqueo hasta un punto soportable. Y salió de la casa sin que el padre albergara sospecha alguna.

Oscarito era blanco con manchas de color marrón, y, en realidad, bastante gracioso con sus bigotes temblorosos, y yo me sentí muy aliviada pensando que no sería necesario cargármelo. La jaula, como contrapartida, era pesada y de engorroso manejo y el trayecto hasta la serrería en desuso fue interminable. Deberíamos haberle pedido prestada la carretilla de los periódicos al piadoso Kai. Pero no lo hicimos, así que tuvimos que compartir la carga con Gerda también, no había ninguna razón para que ella no asumiera su parte del dolor de hombros igual que Rikke-Ursula y yo. Nos llevó mucho rato llegar al descampado y a la serrería con Oscarito chillando todo el trayecto como si creyera que yo iba a matarlo de verdad, pero al cabo de un buen rato llegamos y pudimos deshacernos de él y de la jaula en la penumbra, pasada la puerta.

Le dimos permiso a Gerda para que acolchara la jaula con serrín viejo, y tras darle a Oscarito una ración extra de pienso de hámster y colocarle un cuenco con agua fresca, trepé por la escalera y deposité la jaula en todo lo alto del montón.

Me bajé, aparté la escalera un poco y admiré el montículo con la jaula que parecía una estrella un poco torcida allí en todo lo alto. Y fue cuando me di cuenta del silencio que embargaba la serrería.

Silencio. Más silencio. Silencio absoluto.

Había tanto silencio que no pude evitar, de repente, advertir lo grande y vacío que era el edificio por dentro, la cantidad de hendiduras y grietas que podían adivinarse en el suelo de cemento debajo de una capa de sucio serrín, lo densas que eran las telarañas que colgaban de

pilares y vigas, la cantidad de agujeros que había en el techo y los pocos cristales que quedaban enteros. Desplacé la mirada de una punta a la otra y finalmente miré a mis compañeros de clase.

Ellos continuaban en silencio y con la mirada fija en la jaula.

Era como si Oscarito provocara algo en el montón de significado que ni mis sandalias verdes, ni la caña de pescar de Sebastian ni el balón de Richard habían conseguido. Yo estaba orgullosa de mi ocurrencia, y por eso me molestaba que los demás no demostraran admiración.

Fue Ole el que me salvó.

—¡Diantre, qué montón de significado! —dijo con énfasis mirando primero a Oscarito y después a mí.

—Me pregunto si Pierre Anthon podrá luchar contra todo esto —se unió el gran Hans, y nadie lo contradijo.

Tuve que morderme la lengua para no enrojecer de orgullo.

Eran las tantas y la mayoría de nosotros teníamos que irnos a casa a comer. Echamos una última mirada de admiración a nuestro atiborrado montón y acto seguido Sofie nos alumbró y cerró la puerta después de que saliéramos todos. Jan-Johan colocó el candado y nos apresuramos hacia casa dispersándonos en todas las direcciones.

Ahora le tocaba a Gerda.

VII

Gerda no era muy ingeniosa y sólo pidió que Maiken entregara su telescopio. Todos sabíamos que Maiken había tardado dos años y gastado todos sus ahorros en comprarlo y que lo usaba al caer la noche, los días que el cielo estaba despejado, porque ella quería ser astronomía, pero, aun así, realmente no le importaba tanto como para sentirlo de verdad.

Hubo más bufidos cuando le tocó escoger a Maiken.

Sin necesidad de pensárselo dos veces, miró a Frederik a la cara y dijo:

—La Dannebrog.

Frederik empequeñeció, menguó su estatura y su cara enrojeció a la vez que meneaba la cabeza impetuosamente diciendo que no y que no.

Frederik tenía el pelo castaño y los ojos marrones y siempre llevaba camisa blanca y pantalones azules con raya que los demás chicos hacían lo posible por cargarse. Y, como sus padres, que estaban casados y no divorciados y nunca lo estarían, Frederik creía en Dinamarca y la Casa Real y no tenía permiso para jugar con Hussain.

Dannebrog había caído del cielo en mil doscientos y algo, afirmó Frederik, para que el Rey danés pudiera vencer al enemigo en Latvia. Quién mandaba al Rey danés meterse con Latvia era una cuestión a la que Frederik no sabía responder, y tampoco le hubiera servido de nada si lo hubiera podido hacer.

En todo caso, a nosotros nos traía sin cuidado tanto el rey como Latvia y aullamos:

—La Dannebrog, la Dannebrog, Frederik irá a por la bandera y la traerá al montón.

No era una canción demasiado interesante, pero la cantamos una y otra vez divirtiéndonos de lo lindo con ella. Quizás nos divertía más aún la aterrorizada expresión de Frederik.

En el jardín, delante de la pequen! casa roja donde Frederik vivía con sus padres casados, y para nada divorciados, se hallaba el asta más alta de todo Taering. Y en ella ondeaba la Dannebrog todos los días señalados desde el amanecer hasta el atardecer, ya fuera el cumpleaños de la Reina o el de Frederik, festividades de guardar o domingo. En casa de Frederik era obligación del hombre, además de un placer, el izar la bandera, y desde que él había cumplido los catorce, no hacía mucho, había relevado con orgullo a su padre de esa obligación y placer, tomándolo a su cargo.

Era evidente que Frederik no quería entregar la bandera. Pero nosotros no nos dejamos ablandar y no cedimos un ápice. Al día siguiente la Dannebrog pasó a formar parte del montón de significado.

Cantamos el himno nacional, en posición de firmes mientras Frederik ataba el trozo de tela rojo y azul a la barra de hierro que Jan-Johan había hallado en la parte trasera de la serrería y que ahora se disponía a clavar en mitad del montón.

La Dannebrog era mucho más grande de cerca que ondeando en el asta del jardín y todo este asunto me desasosegó un poco, pensando en la historia y la nación y todo eso. Pero no pareció que molestara a nadie más, y entonces pensé en el significado y pude darme cuenta de que Maiken había dado en el blanco: con la Dannebrog ondeando allí, el montón de significado tenía aspecto de algo realmente importante.

¡Algo! ¡Mucho! ¡Significado!

A nadie se le había ocurrido que Frederik pudiera ser malvado. Pero nuestro respeto por él aumentó cuando le exigió a lady Guillermo su diario.

Lady Guillermo era, cómo lo diría yo, lady Guillermo.

Y el diario de lady Guillermo era algo muy especial, encuadernado en piel oscura y hecho con papel francés, pulcras páginas escritas con letra apretada sobre algo que parecía papel de envolver comida pero que al parecer era mucho más fino.

Ahora lady Guillermo decía uf no. Y que él no podía y lo acompañó de unas cuantas gesticulaciones de manos que después las chicas intentamos imitar mientras reventábamos de risa.

Pero no le sirvió de nada.

El diario fue a parar al montón, aunque sin la llave porque a Frederik se le olvidó pedírsela, y perdió así, con la misma rapidez con que lo había adquirido, su recién ganado respeto.

Lady Guillermo dijo con voz nasal y condescendiente que con su diario el montón de significado había alcanzado un definitivo y nuevo *plateau* —él tenía especial predilección por palabras francesas que los demás no siempre comprendíamos—. Sin importar lo que significara, fue a causa de *ese plateau* que le presentó sus excusas a Anna-Li por pedirle que entregara su certificado de adopción.

Anna-Li era coreana a pesar de ser danesa y haber conocido sólo a sus padres daneses. Anna-Li no decía nunca ni palabra y no se inmiscuía en nada, sólo parpadeaba y miraba al suelo cuando alguien le hablaba. Ni siquiera entonces respondía. Fue Rikke-Ursula la que protestó.

—Esto no vale, Guillermo. Un certificado de adopción es como un certificado de nacimiento. Una no puede desprenderse de él.

—Tendréis que disculparme, en serio —dijo lady Guillermo con fingida indulgencia—. Mi diario es mi vida. Si éste puede ir a parar al montón, también es válido para el certificado de adopción. ¿No se trata de que el montón adquiera significado?

—No de esta forma —dijo Rikke-Ursula y meneó la cabeza blandiendo sus seis trenzas azules al aire.

Lady Guillermo persistió con su amabilidad y no hallamos más objeciones, sólo atinamos a quedarnos ahí pasmados reflexionando.

Entonces, para nuestra estupefacción, Anna-Li profirió retahilas seguidas:

—No importa —empezó diciendo—. O mejor dicho, importa mucho. Pero de eso se trata, si no el montón de significado no tendrá significado y Fierre An-thon llevará la razón en lo de que nada importa.

Tenía razón.

El certificado de adopción fue a parar a todo lo alto del montón, y cuando ella dijo que la pequeña Ingrid debía entregar sus muletas nuevas, nadie se opuso.

La pequeña Ingrid tuvo que usar las muletas viejas a partir de entonces.

El significado estaba cogiendo fuerza y nuestro júbilo fue infinito cuando la pequeña Ingrid susurró afable que Henrik debía entregar la serpiente sumergida en formol.

VIII

En la sala de biología había seis cosas dignas de contemplar: el esqueleto al que llamábamos *señor Hansen,* ese medio hombre al que se le podían extraer los órganos, el cartel con los órganos genitales y reproductores femeninos dibujados, un cráneo reseco y agrietado que llevaba el nombre de *La mano llena de Hamlet,* una marta disecada y la serpiente sumergida en formol. De todas ellas, la serpiente era la más interesante; el hallazgo de la pequeña Ingrid era genial.

Henrik no estaba de acuerdo.

Más que nada porque la serpiente era una cobra que a su padre le había costado tiempo, muchísimas cartas y negociaciones traer para que formara parte de la colección de la escuela. Y también porque era asquerosa y te daban escalofríos por toda la espalda cada vez que la mirabas. Con su forma prehistórica y sus apretadas escamas, el cuerpo enroscado en una interminable espiral en el fondo del recipiente, la cabeza alzada y despierta, ese cuello dentado y dilatado como en pleno ataque de rabia, y a cada momento parecía que la saliva paralizante iba a salir despedida de su roja, pálida boca de bufido.

Nadie por voluntad propia tocaba el recipiente.

Es decir, a no ser que obtuviera diez coronas por ello.

Henrik se mantenía firme, tozudo y tonto en la postura de que la serpiente no era adecuada para el montón de significado. Pero ayudó el que, en la pausa, Hussain sostuviera en alto el recipiente con la serpiente por encima de la cabeza de Henrik mientras decía que lo estrellaría contra su frente si él no la trasladaba al montón.

Los demás también nos sentíamos impacientes y defendimos que debía hacerse de inmediato. Queríamos acabarlo para poder cerrar la boca a Pierre Anthon. Las ciruelas estaban casi del todo maduras y ahora él nos escupía los huesos pegajosos mientras vociferaba sus ocurrencias.

—¿Qué pretendéis vosotras las chicas teniendo novio? —había vociferado la misma mañana que pasé por el número 25 de la calle Tasring del brazo de Rikke-Ursula—. Primero te enamoras, después te echas novio y luego el enamoramiento se esfuma y te separas.

—¡Cierra el pico! —chilló Rikke-Ursula, muy, muy alto.

Quizá se sintió especialmente herida porque precisamente acabábamos de hablar de Jan-Johan y de los sentimientos que no se podían gobernar.

Pierre Anthon se rió y continuó amistoso:

—Y así una y otra vez hasta que estéis tan hartas que preferiréis fingir que el chico que en ese momento tenéis a vuestro lado es el único. ¡Qué pérdida de energía!

—Ahora cerrarás el pico de una vez —grité yo y eché a correr. Porque aunque yo no tuviera novio ni tampoco supiera quién podría ser si en ese momento tuviera que escoger uno, deseaba con ansia tenerlo y pronto, Y Pierre Anthon no tenía derecho a destruir mi amor antes de estrenarlo.

Rikke-Ursula y yo corrimos el resto del trayecto hasta llegar a la escuela, y entramos del peor humor que podíamos recordar haber tenido juntas. Ni siquiera ayudó el que la guapa Rosa nos recordara que Pierre Anthon había sido novio de Sofie durante catorce días y que incluso se habían besado antes de dejarlo, y que después Sofie fue novia de Sebastian mientras que Pierre Anthon estuvo con Laura.

Esa historia sonaba demasiado a algo que yo no quería escuchar, y quizá también a lo que Pierre Anthon había dicho desde el árbol.

No sé exactamente cuándo Henrik vio la ocasión de hurtar la serpiente de la sala de biología, ni cómo consiguió llevarla a la clausurada serrería sin ser visto. Lo único que sé es que Denis y Richard le ayudaron y que la serpiente cabeceaba repulsivamente como si estuviera viva cuando la depositaron en lo alto del montón dentro del recipiente.

A Oscarito tampoco le gustó.

El hámster chilló lastimosamente y se acurrucó en el rincón de su jaula más alejado del bicho. Gerda Uoró y dijo que cubrieran la serpiente con papel para que no tuviéramos que verla.

Pero precisamente el chillido de Oscarito hacía más valiosa la serpiente y nadie estuvo de acuerdo en cubrirla.

En su lugar dirigimos la mirada expectante hacía Henrik.

48

IX

Henrik era un auténtico tío pelota.

Exigió los guantes dé boxeo de Ole. Lo único que esto tenía de gracioso era que Ole les tenía bastante aprecio a sus guantes de boxeo, y que al ser rojos hacían juego con la bandera danesa.

Como contrapartida, Ole reflexionó durante ocho días antes de expresar su petición.

Si no hubiera sido porque era Ole y si su ocurrencia no hubiera sido tan grandiosa, nos hubiéramos enojado todos con él. Porque mientras él pensaba empezó a hacerse sentir de nuevo el griterío de Fierre Anthon subido al ciruelo.

—Se va a la escuela para después tener trabajo, y se trabaja para tener tiempo para no hacer nada. ¿Por qué entonces no hacer nada desde el principio? —chilló y nos escupió un hueso de ciruela.

Fue como si el montón de significado se encogiera y perdiera un poco de su significado, y eso era del todo insoportable.

—Espera y verás —grité lo más fuerte que pude y al instante tuve que saltar a un lado para esquivar una ciruela escurridiza que pasó silbando.

—No hay nada que esperar —gritó Pierre Anthon, ofensivo—. ¡Y no hay nada que ver! ¡Y cuanto más se espera, por supuesto, menos queda por ver!

Me tapé los oídos con las manos y me apresuré a llegar a la escuela.

Allí tampoco ocurría nada divertido porque los profesores estaban enfadados con nosotros. No cabía la menor duda de que las sospechas por la desaparición de la serpiente sumergida en formol habían recaído en nuestra clase. ¿Cómo podía haber sido Henrik tan tonto de hacerse con ella justo al terminar nuestra clase de biología?

Tendríamos que quedarnos una hora más cada día al terminar las clases hasta que dijéramos dónde estaba. Es decir, todos excepto Henrik, porque su padre estaba seguro de que no podía haber sido él.

¡Henrik tío roña! ¡Pelota! ¡El pelota de Henrik!

Cómo lo maldijimos ansiando que llegara el día en que el montón estuviera acabado y Pierre Anthon lo hubiera visto, para poder revelar la correcta encadenación de los hechos y que el pelota de Henrik tuviera su merecido.

Mientras tanto iba por ahí alardeando.

¡Se pavoneaba, se deleitaba, se escurría!

En todo caso hasta que el gran Hans se encargó de él y le calentó cara y orejas, y él pidió clemencia y la tuvo porque su padre, entretanto, había levantado el castigo.

—El hermanito de Elise —dijo Ole al fin y fue como si una ráfaga de viento barriera la serrería.

Era por la tarde. Estábamos sentados al pie del montón de significado y todos sabíamos lo que implicaban las palabras de Ole. El hermanito de Elise murió con sólo dos años. Y estaba enterrado en la cuesta del cementerio. Lo que Ole había dicho suponía que teníamos que desenterrar él ataúd con el hermanito de Elise dentro, acarrearlo cuesta abajo y llevarlo todo el trayecto hasta la serrería para depositarlo en el montón de significado. También implicaba que debía ocurrir por la noche, al amparo de la oscuridad, si no queríamos ser descubiertos.

Miramos a Elise.

Quizá con la esperanza de que dijera algo que imposibilitara la acción.

No dijo nada. Su hermanito había estado enfermo desde que nació, y, durante todo ese tiempo, sus padres no habían hecho otra cosa que cuidarlo mientras Elise vagabundeaba por ahí, sacaba malas notas y se convertía en una mala compañía. Finalmente tuvo que irse a vivir con sus abuelos hasta que murió su hermanito hacía medio año, y Elise había vuelto con sus padres.

No creo que ella se pusiera realmente triste por la muerte de su hermanito. Tampoco creo que le entristeciera la idea de colocarlo en lo alto del montón de significado. Creo simplemente que Elise tenía más miedo, de sus padres que de todos nosotros y que por eso después de estar callada mucho rato dijo:

—No podemos.

—Por supuesto que sí —dijo Ole.

—No, esas cosas no se pueden hacer —Elise frunció el ceño.

—Da igual que se puedan hacer o no. Lo hacemos y ya está.

—Es una profanación —disparó el piadoso K|i, protestando más que Elise—, Vamos a invocar la ira y el castigo de Dios —explicó—. Los muertos deben descansar en paz.

Paz. Más paz. Camposanto de paz.

Las objeciones del piadoso Kai no sirvieron de nada.

—Tenemos que ser seis —dijo Ole infatigable—. Cuatro para cavar por turnos y dos para montar guardia.

Nos miramos unos a otros. Nadie se apuntó voluntario.

—Lo echaremos a suertes —dijo Ole.

Discutimos largo y tendido sobre cómo lo haríamos. Al fin nos pusimos de acuerdo en que lo echaríamos a suertes y que sacaríamos cada uno una carta de la baraja. Los cuatro que sacaran las cartas más altas se encargarían de lo del cementerio. Sí, sólo cuatro, porque por supuesto Ole y Elise eran dos de los seis.

Yo dije que podía muy bien ir corriendo a casa para traer una baraja, pero se estaba haciendo tarde y decidimos hacerlo al día siguiente. Como contrapartida la tumba se abriría la noche del día siguiente. A menos que lloviera.

Siempre me ha gustado jugar a las cartas y siempre he tenido varias barajas. Tan pronto hube cenado, me fui a mi habitación, cerré la puerta y saqué todas mis barajas.

Tenía las clásicas con dibujos en azul y rojo que no iban bien para la ocasión. También tenía las cartas miniatura que tampoco me parecieron las correctas. Ni las que tenían cabezas de caballo por detrás, ni las de payasos, ni las que tenían sotas y reyes que se asemejaban a sultanes árabes. Al final sólo quedaba una baraja. Sin embargo ésa iba bien, porque el reverso de las cartas era negro con un fino borde dorado y casi no las había usado, así que los bordes dorados estaban intactos y relucientes. Sería ésta.

Guardé las demás en su sitio y esparcí las de borde dorado sobre mi escritorio. Examiné cada una de las cartas durante un buen rato. Había algo funesto en ellas. No sólo en sus imágenes, con esa reina parecida a una bruja y el rey con esos ojos perforadores, y no sólo por sus picas excesivamente negras y los tréboles parecidos a garras, sino también por los diamantes azules y rojos y los corazones que más que nada me hacían pensar precisamente en lo que no quería.

Y también empecé a temblar sólo de imaginar que el ataúd del hermanito de Elise iba a ser desenterrado.

Desenterrar. Enterrar. Y montones de algo en4o que yo no quería pensar.

Tenía dos posibilidades.

Apartar un dos de la baraja y metérmelo en el bolsillo y luego apañármelas para cambiarlo por la carta que yo sacara mañana. O marcar una de las cartas del número dos para poder localizarla en el momento de sacarla, sin que los demás lo notaran.

A pesar de no saber cómo marcaría la carta para que los otros no se dieran cuenta, escogí esta segunda opción. Porque si antes de empezar el sorteo le daba a alguien por contar las cartas, me descubrirían al instante. Así que era más seguro marcarla.

Tras largas ponderaciones, rasqué el borde dorado de las cuatro esquinas de un dos de picas. Para más seguridad hice lo mismo con las tres cartas restantes que llevaban el número dos. Con un poco de benevolencia podría parecer desgaste casual. Ahora me encontraba en el lado seguro. No sería yo la que fuera a desenterrar al hermanito de Elise en plena noche.

Al día siguiente reinaba un extraño y quedo desasosiego en la clase.

Nadie hacía bromas, nadie pasaba mensajes ni nadie lanzaba aviones de papel. Ni siquiera en la clase de matemáticas con el sustituto. Y a pesar de ello formamos un terrible barullo; sillas que se balanceaban hacia atrás y hacia delante; pupitres empujados primero a un lado y después al otro; bolígrafos que rascaban el canto de las mesas y lápices que eran mordidos en la punta.

Las clases avanzaban a paso de tortuga y, sin embargo, demasiado aprisa.

La tarde nos ponía de los nervios. A todos, excepto a mí. Yo sonreía tranquila en mi sitio e incluso gané un par de pluses para mi cartilla de notas, era la única que podía concentrarse en

responder las preguntas del profesor Eskildsen sobre el tiempo, el viento y el agua en América, tanto del norte como del sur. De vez en cuando, como por azar, deslizaba el dedo por las esquinas de las cartas negras con borde dorado que yacían en la mochila para asegurarme de que seguía notando rasposas cuatro de ellas.

Cuando sonó el timbre tras acabar la última clase, ya teníamos las cosas guardadas en las mochilas, y desaparecimos de tres en tres en diferentes direcciones para encaminarnos a la serrería en desuso. Nos servimos de cuatro rutas diferentes y además salimos a intervalos en grupos pequeños. Los adultos no debían sospechar ni empezar a husmear.

Transcurrieron sólo veinte minutos desde la salida del primer grupo hasta la llegada de los tres del último grupo. Saqué las cartas negras de mi mochila y se las entregué a Jan-Johan. Él las examinó largo rato y yo tuve que desviar la mirada para no descubrirme con la vista demasiado fija en sus manos, por las que pasaban las cartas marcadas. No pude abstenerme de sonreír cuando al fin, satisfecho, se dispuso a barajarlas escrupulosamente.

Después se deshizo de ellas y las depositó en una tabla apoyada entre dos banquetas de serrar.

—Bien —dijo—. Para que no se hagan trampas cojamos, todos, la carta de encima del montón. Dos es el número más bajo, el as es el más alto. Poneos en fila...

Dijo algo más, pero yo ya no lo oí. De pronto fue como si tuviera que mear a mares, me quedé helada y creí que iba a enfermar. ¡Si hubiera escogido la otra solución, ahora tendría un dos en el bolsillo!

Pero ya era irremediable. Tuve que ponerme en la cola detrás de Rikke-Ursula y hacer como si nada.

Todos pateaban nerviosos y daba la impresión de que la cola se movía también estando parada. Sólo Ole y Elise parecían no inmutarse, de pie a nuestro lado mirando, riendo y bromeando sin importarles que nadie siguiera sus bromas.

Gerda sacó la primera carta y no pareció sentirse ni aliviada ni defraudada, simplemente la apretó contra su pecho nada más mirarla. El gran Hans soltó una carcajada y mantuvo un tres en el aire para que todos pudiéramos verlo. Sebastian se rió pero no tan fuerte; le había tocado el ocho de diamantes. Uno tras otro avanzaban hacia la cabecera de la cola, algunos daban gritos de alegría, unos pocos se quedaban silenciosos, mientras la mayoría hacían como Gerda y apretaban la carta contra su pecho mientras los demás sacaban carta.

Llegó el turno de Rikke-Ursula. Titubeó un instante, después levantó la carta de encima y dejó escapar un suspiro de alivio. Había sacado un cinco. Entonces me tocó a mí.

Supe de inmediato que la carta que estaba encima no era un dos. El primer canto áspero que podía ver no tenía demasiadas cartas encima. Por un instante especulé sobre cómo podría volcar el montón para que pareciera un accidente y después recoger las cartas y de forma casual hacer que el dos quedara encima. Pero Richard me metía prisa por detrás y no pude hacer más que levantar la carta con el borde dorado entero y brillante en cada esquina.

El as de picas.

Trece de trece son trece.

No me desmayé.

Pero el resto del sorteo transcurrió sin que yo tuviera conciencia de nada. Salí de mi ensimismamiento cuando me hallaba formando parte de un círculo junto con Ole, Elise, Jan-Johan, Richard y el piadoso Kai. A partir de ahí fue Ole el que lo decidió todo.

—Nos encontraremos a las once en el cobertizo para las bicicletas de casa de Richard. Desde allí no hay mucho camino hasta el cementerio.

—No es una buena idea —dijo el piadoso Kai con voz temblorosa—. A mí me pueden expulsar de la congregación.

—A mí tampoco me parece una buena idea. —Elise también estaba echándose para atrás—. ¿No podrías dar con otra cosa? Mi reloj, por ejemplo. —Y estiró el brazo para que todos pudiéramos ver su reloj de pulsera rojo que su padre le había comprado aquella vez que se trasladó a vivir a casa de los abuelos.

Ole meneó la cabeza.

—¿Mi discman? —Elise se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta donde sabíamos que escondía el milagro con el cual nadie de la clase podía competir.

En realidad no creo que a Elise le entristeciera que desenterráramos a su hermanito. Creo que tenía miedo de que sus padres lo descubrieran y la mandaran lejos para siempre. Porque cuando Ole le respondió que ni hablar, ella no insistió, sólo dijo:

—Tenemos que recordar con exactitud dónde están plantadas las flores para poderlas colocar de nuevo en su lugar después.

Ole ordenó a Jan-Johan que trajera una pala consigo, la otra la podíamos tomar prestada del cobertizo de las herramientas de los padres de Richard. El piadoso Kai debía traer la carretilla de los periódicos y Elise y yo una linterna cada una. Ole se encargaría de la escoba para dejar el ataúd limpio de tierra.

Al terminar el piadoso Kai tenía un aspecto descompuesto, y creo que habría llorado si Ole no hubiera recordado en ese momento que la cita era a las once en el cobertizo para las bicicletas de casa de Richard.

Yo había puesto el despertador para que sonara a las diez y mediarpero no hizo falta. Nunca llegué a conciliar el sueño, me quedé tumbada con los ojos abiertos durante una buena hora y media antes de que llegara la hora de levantarse. Puntualmente, a la que faltaban cinco minutos para las diez y media, salté de la cama, cerré el despertador, me puse los pantalones vaqueros y un jersey. Enfundé los pies en mis katiuskas y agarré la linterna que había dejado preparada sobre la mesa. La televisión del salón se oía muy baja. Por suerte nuestra casa estaba en la planta baja. Sin esfuerzo pude descolgarme por la ventana de mi dormitorio, poner un libro entre las dos hojas de

la ventana para que no se cerrara y ya iba de camino hacia allí.

Hacía más frío del que yo pensaba.

Me estaba quedando helada sólo con mi liviano jersey y tuve que sacudirme en los brazos para mantener el calor del cuerpo. Había valorado quedarme en casa.

Pero ¿de qué habría servido habiendo advertido Ole que si alguien no acudía a la cita en casa de Richard, los demás se volverían a sus casas y ese algujen tendría que apañárselas para hacer el trabajo solo la noche siguiente? La idea de hallarme a solas en el cementerio por la noche era suficiente para que arrancara a correr. Y eso me fue bien también para quitarme el frío.

Faltaban sólo diez minutos para las once cuando llegué al cobertizo de las bicicletas de Richard. Jan-Jo-han y el piadoso Kai ya estaban allí. Elise no tardó en aparecer, seguida de Richard, que surgió de la puerta trasera de la cocina. A las once en punto llegó Ole.

—Vayámonos —dijo él cuando se hubo asegurado de que todo estaba en orden: dos palas, las linternas y la carretilla de los periódicos del piadoso Kai.

Ninguno de nosotros abrió la boca mientras nos escurríamos por las calles, camino del cementerio.

La ciudad también guardaba silencio.

Nunca había demasiada vida por las noches en Taering y aún menos tarde por la noche un martes corriente. Caminábamos pegados a los setos de la calle de Richard, giramos hacia abajo por la calle donde Sebastian y Laura vivían, pasamos corriendo por delante de la panadería y tomamos el sendero de detrás de la casa de Rikke-Ursula, que vivía en la calle principal, para llegar a la cuesta del cementerio sin habernos cruzado más que con dos gatos en celo que Ole ahuyentó de una patada.

La cuesta del cementerio era empinada y el sendero entre las tumbas era de gravilla. Tuvimos que dejar el carrito de los periódicos al lado del portón de hierro forjado. Al piadoso Kai no le hizo ninguna gracia, pero Ole le juró que le pegaría si salía con más majaderías.

Las calles resultaban lívidas y bastante lúgubres bajo la amarillenta luz de las farolas. Grandes abetos escondían el cementerio del camino y lo protegían suficientemente de miradas curiosas, eso por si pasaba alguien, pero también impedían que penetrara la luz de las farolas que ya empezábamos a echar en falta. No había más luz que la que daba la media luna y la pequeña lámpara romboidal de la entrada de la iglesia. Además, por supuesto, de los débiles focos de nuestras dos linternas penetrando la oscuridad.

Oscuro. Más oscuro. Temiblemente oscuro.

Nunca me había gustado estar en el cementerio. Y a esa hora era del todo insoportable. Aunque nos deslizábamos con sumo cuidado, la gravilla crujía estridente bajo nuestras pisadas. Conté para mis adentros una y otra vez hasta cien, primero en progresión

ascendente y luego descendente y vuelta a empezar, y así una y otra vez.

Cincuenta y dos, cincuenta y tres, cincuenta y cuatro...

Estuvimos tanteando en la oscuridad hasta que Elise encontró la dirección correcta y pudo conducirnos a la tumba de su hermanito. Setenta y siete, setenta y ocho, setenta y nueve... Aquí estaba: 3-1-1990/21-2-1992, *Emiljensen, nuestro amado hijo y hermanito,* ponía en la lápida.

Miré a Elise y me atreví a apostar querella no estuvo de acuerdo en eso del hermanito. Aunque yo podía muy bien darme cuenta de por qué debía ir a parar al montón. A pesar de todo un hermanito era algo especial. A pesar de no haber sido del todo amado.

La lápida era de mármol, blanca de verdad y bella, con dos palomas en la parte superior y flores rojas y amarillas plantadas al pie. Estuve a punto de echarme a llorar y tuve que mirar el cielo, las estrellas y la media luna, y pensar en lo que Fierre Anthon había dicho por la mañana: que la Luna daba la vuelta alrededor de la Tierra en 28 días, mientras la Tierra tardaba un año en dar la vuelta alrededor del Sol.

Eso me hizo contener las lágrimas, pero no me atreví ya a mirar más la lápida y las palomas. Ahora Ole nos mandaba a Elise y a mí, a cada una en una dirección para montar guardia. Las linternas se las quedó él. Los muchachos las necesitaban para ver dónde cavaban, dijo, y tuvimos que encontrar el camino entre las tumbas y la iglesia sólo con la luz de la luna, bajo la cual todo tenía un aspecto fantasmal y casi azulado. Elise montó guardia en la entrada trasera, al otro lado de la iglesia, no muy lejos de la casa del cura, muy alejada de donde yo estaba. Conversar era por supuesto imposible. Ni siquiera podíamos tranquilizarnos la una con la presencia de la otra.

Intenté concentrarme en estudiar la iglesia que era áspera y blanca y con una puerta tallada en madera clara; y muy arriba, vidrieras de colores que a esa hora de la noche eran más negras que otra cosa. Al mismo tiempo me puse a contar. Uno, dos, tres.

Me llegaba un extraño ruido sordo de la tumba a mis espaldas, cada vez que la pala daba en la tierra. Golpe seco seguido de un silbido cuando la tierra se deslizaba pala abajo. Golpe, silbido, golpe, silbido. Al principio los palazos eran seguidos, luego sonó un restallido, los muchachos habían golpeado en el ataúd y ahora procedían a ir despacio. Yo sabía que ahora paleaban alrededor del ataúd para sacar la menor cantidad de tierra posible. Ese pensamiento me produjo un escalofrío que me recorrió la espalda. Tirité y no quise pensar más en ello. Y en lugar de eso miré los abetos y me puse a contarlos.

Había dieciocho grandes y siete pequeños y recorrían el sendero que iba desde la calle hasta arriba, en la iglesia. Las ramas se agitaron levemente con un viento que yo no podía percibir. Me hallaba, claro, al abrigo de los muros del cementerio. Di dos diminutos pasos al frente, uno al lado y dos hacia atrás. Y vuelta a empezar, esa vez hacia el otro lado. Y de nuevo, componiendo en mi mente una pequeña danza. Uno, dos al lado. Uno, dos, hacia atrás. Uno, dos, al lado...

Me paré bruscamente.

Había oído algo. Como pasos en la gravilla. Miré fijamente hacia el sendero pero no pude ver nada. Si tuviera la linterna ahora. Lo oí otra vez.

Krrruuunchh.

Venían del final del sendero, de abajo, cerca de la puerta. De inmediato sentí un incontenible deseo de mear, y estaba a punto de salir corriendo hacia los muchachos cuando recordé lo que Ole me había dicho. Y además sabía que me daría una si salía corriendo. Tomé una profunda bocanada de aire, junté las manos y proferí un aullido grave soplando en la raja entre los dos pulgares y dentro del hueco de la mano.

—Uuuuuuh —sonó despacio.

La gravilla crujió todavía otra vez y yo puse todas mis fuerzas en otros: «Uuuuuh. Uuuuuh.»

Y Ole ya estaba a mi lado.

—¿Qué ocurre? —susurró.

Yo estaba tan asustada que no acertaba a pronunciar palabra; levanté el brazo y señalé al sendero.

—Ven —dijo Ole, y dado que yo tenía tanto miedo a no obedecerlo como a ese o eso que producía el ruido crepitante, lo seguí hasta detrás de los troncos de abeto donde la oscuridad era más densa.

Dimos unos pasos y nos detuvimos. Ole oteaba. Yo me quedé detrás de él sin poder ver nada. Pero estaba claro que tampoco había nada que ver porque Ole continuó avanzando sigilosamente. Nos movíamos muy despacio para no hacer ningún ruido. Mi corazón latía y los latidos resonaban en mis oídos y sentí que pasaban horas mientras andábamos entre los troncos de abetos.

De golpe Ole apartó las ramas a un lado y pasó al sendero.

—Ja —se rió y yo miré avergonzada por encima de sus hombros.

Era Cenicienta, la vieja perra de Sorensen, que después de la muerte de su dueño se negaba a vivir en otro lugar que no fuera en su tumba. La perra había sentido curiosidad por el ruido de la pala y subía la cuesta pausada y Yertamente arrastrando sus patas aquejadas de reuma. Por fortuna no le dio por ladrar. Sólo nos miró con ínteres y husmeó mis piernas. Le acaricié la cabeza y volví a mi puesto.

Poco después fue Ole el que silbó.

Habían terminado el trabajo de cavar y el pequeño yacía encima de la gravilla con un aspecto terri-bieme^te triste y solitario, pero no había tiempo para pe." sar en eso porque acababa de surgir otro problema. Los muchachos habían devuelto al hoyo toda la tierra que habían sacado y a pesar de ello sólo habían quedado cubiertas las tres cuartas partes del mismo.

Una ley física que no habíamos aprendido: cuando un cuerpo se desentierra, el nivel de tierra del lugar que ocupaba disminuirá proporcionalmente al volumen del susodicho cuerpo.

Toda persona que se acercara a la sepultura del pequeño Emil Jensen podría darse cuenta de que el pequeñito ya no yacía allí. Fue entonces cuando Elise se echó a llorar

desconsoladamente y sin parar, a pesar de que Ole le dijera que callase.

Nos quedamos helados y sin saber qué hacer. Entonces se me ocurrió que podíamos hacer rodar algunas lápidas de las otras sepulturas y echarlas al hoyo para después cubrirlas con tierra. El enterrador las echaría en falta pero nunca descubriría que estaban en la sepultura de Emil Jensen. Eso si acertábamos a colocar todas las flores tal y como estaban cuando llegamos.

Nos costó un buen tiempo y fue más que agotador despegar dos lápidas y hacerlas rodar hasta la sepultura del pequeño Emil Jensen. Principalmente porque no nos atrevimos a coger las que estaban cerca, por si alguien, a pesar de todo, se daba cuenta de que se había removido la tierra no hacía mucho. Pero al final las tiramos al hoyo y con cantidad de tierra encima, y la gravilla también, y luego las flores, que habían sufrido un poco de desgaste durante el proceso, pero que» a pesar de los pesares, después de sacudirlas un poco con la escoba de Ole quedaron en un estado pasable.

Dieron las doce en el reloj del Ayuntamiento exactamente cuando terminamos y nos dábamos la vuelta para mirar el ataúd.

Me quedé de una pieza e, incluso en la oscuridad, pude ver la cara pálida de los muchachos. El reloj del Ayuntamiento lanzaba un tañido profundo y hueco, y cada campanada rugía como un grito fantasmal sobre las sepulturas.

¡Gooom! ¡Gooom! ¡Gooom!

Ninguno de nosotros se movió.

No me atrevía ni a mirar ni a cerrar los ojos y fijé la mirada en Jan-Johan como si fuera la única imagen que le permitiera captar a mi retina. No conté las campanadas, pero pareció que eran mucho más de doce. Después de lo interminable que se hizo la última campanada, el silencio nos cubrió de nuevo.

Nos miramos nerviosos los unos a los otros, después Jan-Johan carraspeó y señaló el ataúd.

—Prosigamos —dijo y me percaté de lo hábil que había sido evitando pronunciar la palabra ataúd.

El ataúd debió de haber sido muy bonito, completamente blanco cuando introdujeron en él al hermanito de Elise. Ahora lo blanco estaba hinchado de forma repulsiva y se resquebrajaba y no quedaba ni rastro de lo bonito que había sido. Un gusano se arrastraba por un poco de tierra pegada a una esquina de la caja y el piadoso Kai se negó a cogerla antes de que Ole lo hubiera sacudido. Luego la alzaron entre los cuatro: Ole y el piadoso Kai por un lado, Richard y Jan-Johan por el otro. Elise, que dejó de llorar cuando el reloj daba las doce, iba delante alumbrando con una de las linternas y yo detrás con la otra.

El ataúd era más pesado de lo que habían creído los chicos y éstos resoplaban y sudaban, pero Ole no los quería dejar descansar antes de haber bajado hasta la calle. A mí no me pareció mal. Yo no veía ninguna razón para permanecer en el cementerio más de lo estrictamente necesario.

Tras de mí crujía la gravilla.

Cenicienta, la perra de Sorensen, renqueaba lenta detrás nuestro como si fuera la única con pena de todo el cortejo. Al principio nos resultaba muy agradable y nos hacía sentir casi un poco más valientes, pero cuando llegamos a la calle y ya con el ataúd en la carretilla de los periódicos y la perra que continuaba siguiéndonos, nos intranquilizamos un poco.

No era conveniente que mañana por la mañana el enterrador descubriera que además de las dos lápidas, también Cenicienta estaba ausente. Pero por el momento no había nada que hacer. Tan pronto como uno de nosotros volvía al cementerio con ella, daba la vuelta para seguirnos de nuevo. Después de intentarlo cuatro veces nos rendimos y decidimos dejar que nos siguiera hasta que se cansara por sí misma y desistiera. No ocurrió, así que cuando llegamos a la serrería e hicimos girar el código del candado para abrir la puerta, fue ella la primera que se coló dentro.

Yo encendí la luz y los muchachos avanzaron hacia dentro con el ataúd en brazos. A la luz del intenso neón éste dejo de ser tan horripilante. Se trata sólo de un niño muerto con madera a su alrededor, pensé, y miré el ataúd más pausadamente, ahora al pie del montón porque era muy pesado para subirlo arriba de todo.

Estábamos demasiado cansados para preocuparnos por Cenicienta y por esa razón dejamos a la perra ser eso, perra; suspiramos, cerramos y volvimos aprisa a la ciudad. Al final de mi calle me despedí y me apresuré a llegar a casa con más coraje del que llevaba al salir.

El libro seguía estando entre las dos hojas de la ventana; entré y me metí en la cama sin despertar a nadie de la casa.

XI

Qué fuerte, cómo se quedaron de atónitos los demás cuando vieron el ataúd con Cenicienta, la perra de S0rensen, encima.

Los seis que habíamos estado en el cementerio por la noche nos sentíamos soñolientos durante las clases del día siguiente, pero no andábamos cabizbajos. ¡Al contrario! La historia rae susurrada al de al lado, y al otro y al otro, hasta que el profesor Eskildsen enfureció y dijo que ahora quería silencio. El silencio duró un momento hasta que al rato el secreteo empezó de nuevo y el profesor tuvo que imponerse.

Pasó una eternidad antes de acabarse la última clase y poder salir pitando cada uno por su calle hasta la serrería en desuso. Como contrapartida, el heroísmo y los sucesos de la noche en el cementerio fueron cosa de nunca acabar, se agrandaron más y más y, a medida que se repetía la historia, cada vez era noche más oscura y todo más siniestro.

Durante los días siguientes, y fueron muchos, no había persona en la ciudad que no hablara del vandalismo acaecido en el cementerio.

Dos lápidas habían sido robadas, alguien había pisoteado la sepultura de Emil Jensen y Cenicienta, la perra de Sorensen, había desaparecido. De esto último no se quejaba nadie, porque había sido, sin embargo, un escándalo que una vieja perra bastarda merodeara por el cementerio meándose en las sepulturas y abandonando cosas peores por ahí, sin que se supiera exactamente dónde.

Nadie sospechó de nosotros.

Bien es verdad que mi madre me preguntó de dónde había salido la gravilla y la tierra de encima de la alfombra de mi habitación. Pero yo dije simplemente que había estado jugando con Sofie en el descampado de detrás de su casa y que al llegar a casa me olvidé de quitarme las botas. Y mi madre me echó una reprimenda, pero nada en comparación con lo que hubiera podido ser si se hubiera enterado de lo que estuve haciendo.

Fue Cenicienta la que nos creó las mayores dificultades.

Se negaba a separarse demasiados minutos seguidos del ataúd del pequeñito Emil, que ella pensaba que seguro contenía los restos de Sorensen. Bajo ningún pretexto podíamos pensar en sacarla a plena luz del día. Si alguien nos hubiera visto con ella fácilmente habría concebido sospechas y nos hubiera relacionado con los hechos del cementerio. Sofie, que era, de todos nosotros, la que vivía más cerca, no podía sacarla después del anochecer. No tenía permiso para andar por ahí a esas horas y además sus padres opinaban que ya pasaba demasiado

tiempo en la serrería en desuso. Fue Elise la que encontró la solución.

Era como si Elise empezara a querer un poco más a su hermanito muerto después de que el ataúd hubiera pasado a estar bajo nuestra custodia. Y quizá porque la perra montaba guardia junto a él, Elise la quería mucho. Sea como fuere, Elise se ofreció para sacarla cada noche y dar un paseo con ella para que se aireara un poco. Estábamos a mitad de septiembre y oscurecía a eso de las ocho y media, así que le daba tiempo a hacerlo y estar en casa antes de la hora de acostarse. De todas maneras a sus padres no parecía preocuparles que estuviera fuera hasta tarde, según dijo ella, y pareció no saber si eso le agradaba o le disgustaba.

—Hay otra cosa —añadió Elise.

La miramos expectantes. Con el nerviosismo del cementerio, nos habíamos olvidado de que le tocaba a Elise decidir qué otra cosa iría a parar al montón de significado.

—¡El pelo de Rikke-Ursula!

Yo miré a Rikke-Ursula que de inmediato alzó una mano hasta las trenzas azules y ahora abría la boca, signo de una protesta que ya sabía que sería inútil.

—¡Yo llevo tijeras! —gritó Hussain carcajeándose.

Sacó una navaja, la mantuvo en el aire y sacó las tijeras.

—Se las cortaré yo —dijo Elise.

—Yo también quiero, son mis tijeras —dijo Hussain y se pusieron de acuerdo en cortar la mitad de trenzas cada uno.

Azul. Más azul. Azulísimo.

Rikke-Ursula estaba totalmente quieta sin producir el mínimo ruido mientras le cortaban el pelo, pero las lágrimas rodaban por sus mejillas y era como si el azul de su pelo quedara reflejado en sus labios, que se mordió hasta hacerlos sangrar.

Miré hacia otra parte para no echarme a llorar yo también.

Cortarle el pelo a Rikke-Ursula era peor que cortárselo a Sansón. Sin pelo ella ya no sería Rikke-Ursula con sus seis trenzas azules, y eso significaba que desde entonces dejaría de ser ella. Y pensé que quizá precisamente por eso las seis trenzas azules eran parte de lo que importaba, pero no me atreví a pronunciarlo en alto. Tampoco por lo bajo. Porque ella era mi amiga, a pesar de que no fuera esa Rikke-Ursula que llevaba seis trenzas azules y fuera alguien tan especial y tan ella misma.

Primero Elise le cortó una trenza. Después Hussein le cortó otra. Tuvieron que forcejear porque las tijeras eran malas y su pelo era tupido. Tardaron veinte minutos en cortarle las seis. Después Rikke-Ursula parecía una persona de esas que andan extraviadas y deberían estar encerradas en un manicomio.

Las trenzas cortadas se colocaron bellamente apiñadas encima del montón de significado.

Azul. Más azul. Azulísimo.

Rikke-Ursula miró mucho rato sus trenzas.

Ya no resbalaban lágrimas por sus mejillas. En su lugar sus ojos brillaban de rabia. Se volvió tranquilamente hacia Hussain y dijo con voz amistosa y con los dientes un poco apretados:

—Tu alfombra de rezos.

XII

Hussain protestó.

Protestó tanto que al final tuvimos que arrearle. Es decir que Ole y el gran Hans le arrearon. Los demás estuvimos mirándolo. Llevó su tiempo, pero al final, Hussain, en el suelo con las narices pegadas al serrín y Ole encima de él, ya no dijo nada más. Cuando permitieron que se levantara tenía cara de estar muy asustado, casi parecía que temblaba. Pero no era de Ole o del gran Hans de quien tenía miedo.

De quien tenía miedo lo descubrimos después de que llorando entregara su alfombra de rezos y luego no asistiera a la escuela durante una semana. Cuando finalmente volvió, todo su cuerpo era de color azul, amarillo y verde, y tenía un brazo roto. No era un buen musulmán, había dicho su padre, y le había dado una terrible paliza.

La paliza no fue lo peor.

Lo peor fue no ser un buen musulmán.

¡Un mal musulmán! ¡Ni la sombra de musulmán! ¡Ni la sombra!

Algo en Hussain parecía haber sido destruido.

Andaba por ahí arrastrando los pies y con la cabeza gacha, y mientras que antes había sido más bien bueno repartiendo golpes y empujones, ahora ni se defendía aunque otros lo buscaran.

Tengo que reconocer que era una alfombra hermosa, tejida en un entramado de azules, rojos y grises, y era.tan blanda y fina que Cenicienta estuvo a punto de abandonar el ataúd de Emil por ella. Entonces Jan-Johan la colocó en lo más alto del montón de significado, donde la perra no pudiera trepar, y funcionó. Cenicienta permaneció en su sitio.

Primero Hussain no quería decir quién sería el siguiente. Sólo meneaba la cabeza con tristeza cuando intentábamos presionarlo.

El aullido de Pierre Anthon había empezado a alcanzarnos de nuevo y Hussain debía ponerse las pilas. Ya estábamos en el mes de octubre y aún lejos del final, pronto debería estar todo listo y todavía nos faltaban seis.

Al fin, cuando Hussain ya no pudo excusarse más, señaló al gran Hans y le dijo calmado:

—La bicicleta amarilla.

No era gran cosa, aunque la bicicleta fuera flamante y nueva, amarillo neón y de carreras, y el gran Hans, con un gran disgusto, tardara dos días enteros en depositarla en el montón de significado, allí, en la serrería. Pero un poco era mejor que nada y ahora por lo menos podíamos continuar.

Si hubiéramos sabido que esto de la bicicleta encolerizaría tanto al grande de Hans que daría con algo del todo horripilante, seguro que algunos de nosotros le hubiéramos rogado a Hussain que le pidiera otra cosa. Pero no lo sabíamos e insistimos sólo para que el gran Hans entregara

la bicicleta amarillo neón tal y como había pedido Hussain.

Sofie fue una de las que más presionó. No debería haberlo hecho.

XIII

Casi no soy capaz de explicar lo que Sofie debía entregar. Era algo que sólo un chico podía haber pedido, y era tan asqueroso y repugnante que casi todos los demás intercedimos por ella. Sin embargo, ella no dijo prácticamente nada, sólo no y no y no, meneando la cabeza una y otra vez, y casi se le iba también el cuerpo en el movimiento.

El gran Hans se mostró despiadado.

Y nosotros, por supuesto, al final tuvimos que darle la razón en eso de que los demás habíamos sido inflexibles cuando él tuvo que entregar la bici.

No es lo mismo, dijimos.

—¿Cómo podéis saber que mi bici amarillo neón no significa lo mismo para mí que la inocencia para Sofie?

No, no podíamos saberlo.

Así que a pesar de la aversión que sentíamos, se acordó finalmente que sería el gran Hans quien la ayudaría en la entrega esa misma noche en la serrería en desuso. Cuatro de los muchachos se quedarían para asistirlo en caso de que fuera preciso. Al resto se nos mandaba a casa para que no se nos ocurriera saliven ayuda de la muchacha.

Ese día fue un día escolar feísimo.

Sofie estaba de un pálido cadavérico, sentada en su silla y sin abrir la boca, ni siquiera cuando alguna de las chicas intentaba consolarla. Las demás, al final ya no nos atrevíamos a decir nada, estábamos aterrorizadas pensando en lo que iba a ocurrirle; y eso era casi peor que cuando montábamos bulla, porque ese silencio absoluto durante una hora nunca se había visto en nuestra clase. Eskildsen estaba a punto de sospechar algo y empezó a decir que nuestra clase se había comportado de forma muy extraña desde el inicio del curso. Tenía razón, pero por suerte no lo vinculó al pupitre vacío de Pierre Anthon. Si se hubiera puesto a hablar de él, no estoy segura de si habríamos conseguido mantener la máscara puesta.

Mientras Eskildsen hablaba y hablaba sobre nuestro extraño comportamiento desde agosto, me giré y miré a Sofie. Creo que no se lo hubiera reprochado si en ese preciso instante se hubiera chivado de todo. Pero no lo hizo. Estaba totalmente quieta, tan blanca como debía de haber sido el ataúd nuevo del pequeño Emil, y, a pesar de todo, tranquila y entera, tal y como imaginaba yo que las santas debían abrazar la muerte.

Me puse a pensar en el inicio de todo y en cómo Fierre Anthon nos vociferaba sin parar subido al ciruelo, mañanas y tardes cuando pasábamos por delante del número 25 de la calle Taering. No sólo nosotros íbamos a acabar mal de la cabeza, tenía pinta de que él mismo enloquecería si no conseguíamos pronto que bajara del árbol.

—Los chimpancés tienen el cerebro y el ADN casi igual al nuestro —había gritado ayer meciéndose en las ramas—. No tiene nada de especial eso de ser una persona.

Y hoy por la mañana:

—Hay seis mil millones de personas en la Tierra. Son demasiadas, pero en el año 2025 seremos ocho mil millones y medio. ¡Lo mejor que podemos hacer para el futuro del mundo es morirnos!

Debía de sacar todos esos conocimientos de los periódicos. No sé de qué puede servir juntar todo el saber de otros. Es suficiente para arrebatar la valentía de todo aquel que no es adulto y todavía no ha experimentado por sí mismo. Pero los adultos aman acumular conocimientos, claro, cuantos más mejor, y da igual que sean el saber de otras personas y algo que sólo puede hallarse en los libros. Claro que sí, Sofie hacía bien en apretar los dientes. Había algo que importaba a pesar de todo, aunque ese algo fuera algo que iba a perder.

No sé exactamente qué sucedió esa tarde cuando el gran Hans ayudó a Sofie a entregar su inocencia. Al día siguiente sólo había allí una pizca de sangre y algo de mucosidad en un pañuelo a cuadros que estaba en todo lo alto del montón de significado, y Sofie caminaba de forma rara, como si sintiera dolor al mover las piernas. No obstante era Sofie la que se mostraba orgullosa e inaccesible, mientras que el gran Hans solícito corría a su alrededor como si intentara complacerla.

—Seguro que quiere hacerlo otra vez —susurró Gerda a mi oído y se rió maliciosamente, olvidando por completo que no me hablaba desde lo de Oscarito.

No le respondí, pero más tarde intenté sacarle a Sofie qué había sucedido y cómo.

No quiso contarme nada. Se limitaba a andar por ahí con aspecto de haber descubierto un secreto que si bien era terrible le había dado acceso a la clave de algo de enorme significado.

¿Enorme significado? ¿Mucho significado? ¿El máximo significado?

Sólo faltaban tres entregas para que pudiéramos mostrar a Fierre Anthon el montón de significado, entonces él nos prometería que nunca más se quedaría allí sentado en el ciruelo chillándonos: faltaban el piadoso Kai, la guapa Rosa y Jan-Johan.

Sofie escogió al piadoso Kai. Debía entregar a Jesús clavado en la cruz.

XIV

Jesús clavado en la cruz no sólo era el Todopoderoso del piadoso Kai, era también lo más sagrado de la iglesia de Taering, y la iglesia de Taering era básicamente lo más sagrado de la ciudad. Por lo tanto Jesús clavado en la cruz era lo más sagrado que podíamos imaginar, en caso de que creyéramos en esas cosas. Y quizá lo fuera aunque no lo creyéramos.

Jesús clavado en la cruz era una figura colgada en la pared justo detrás del altar que infundía temor en los niños y conmovía a los adultos, con su corona de espinas y las gotas de sangre transformadas en nobles regueros bajando por su cara sagrada, retorcida de dolor y divinidad, y esos clavos atravesándole manos y pies, clavados en la cruz hecha de madera de rosal y muy hermosa según las palabras del cura. Incluso yo, que insistía en que Jesús Nuestro Señor no existía y por tanto no significaba nada, sabía que Jesús clavado en la cruz tenía un enorme significado. Sobre todo para el piadoso Kai.

Necesitaría ayuda.

La ayuda es tuya. La ayuda es nuestra. La ayuda somos nosotros.

Una vez más traje las cartas a la serrería, esta vez la baraja con payasos en el reverso. Y volvimos a echarlo a suertes.

Fueron Rikke-Ursula, Jan-Johan, Richard y Maiken los que sacaron las cartas más altas y los que ayudarían al piadoso Kai, aunque él se aferraba a que eso él ni podía ni debía hacerlo. Se ablandó un poco cuando Jan-Johan dijo que, conociendo él también el código del candado, podría ir a la serrería a rezar a su Jesús clavado en la cruz cuando le apeteciera. Y que por supuesto lo devolveríamos a la iglesia tan pronto como el tema estuviera resuelto.

Yo no estuve allí, pero Rikke-Ursula sin sus seis trenzas me contó el lunes por la mañana, durante la hora de música, que no todo había ido lo bien que habían imaginado.

El piadoso Kai se escondió en la iglesia, tal y como se acordó, tras la última misa del domingo. Y cuando la iglesia estuvo en silencio y no quedó ni un alma, Rikke-Ursula, Jan-Johan, Richard y Maiken llegaron y propinaron tres golpes flojos y tres fuertes en la puerta, y el piadoso Kai les abrió. Pero a partir de entonces todo se torció.

Primero el piadoso Kai se echó a llorar.

Fue cuando los demás se encaramaron al reclinatorio y rodearon el altar mientras él sollozaba y suplicaba, con auténtico desespero, que le dejaran quedarse en el otro lado, apartado del Cristo. Maiken tuvo que permanecer a su lado para que no se escapara. Y no sirvió de nada que ella le contara repetidas veces que nunca había visto a Jesús Nuestro Señor con su telescopio, a pesar de que lo había buscado mucho, y eso que valía para todos los astrónomos del mundo. El piadoso Kai se tapaba los oídos y chillaba tan fuerte que era imposible que la oyera, así que al final ella se calló. Y también porque temía que sus chillidos pudieran ser oídos desde fuera.

Entretanto Jan-Johan y Richard intentaban descolgar a Jesús.

Pero Jesús estaba bien clavado y a pesar de que estaban sudando no se soltaba. Entonces Rikke-Ursula se acercó a él. Y en el mismo instante de tocarle el pie clavado y con sangre le quemó la mano. Rikke-Ursula tuvo que reconocer que a pesar de no creer en semejantes chorradas se asustó de lo lindo. Estaba tan vacía la iglesia y era tan inconmensurable, que de pronto fue como si la figura de Jesús cobrara vida. Despacio y sin que nadie lo tocara, Jesús se deslizó por sí mismo rechinando y aterrizó en el suelo con un fuerte golpe, rompiéndose justamente la pierna que Rikke-Ursula había rozado.

Fue una de las cosas más horribles que Rikke-Ursula había experimentado jamás hasta la fecha.

Estaban todos a punto de salir corriendo, pero llegado este punto, no podían dejar a Jesús allí tirado. Así que, a pesar de que pesaba terriblemente, entre todos consiguieron levantarlo y arrastrarlo hasta el reclinatorio y allí lo empujaron hasta tenerlo medio colgando encima. Era tan extraño que Jesús pesara tanto, que daba igual que el piadoso Kai no quisiera, tuvo que ayudar a llevarlo. Ahora eran cinco y, aun así, les costó arrastrarlo hasta la calle donde les esperaba la carretilla de los periódicos.

Eran las siete y media y había oscurecido cuando atravesaron las calles con Jesús crucificado en la carretilla de los periódicos del piadoso Kai. A pesar de ello tuvieron que detenerse un par de veces y esconderse detrás de los árboles para no ser vistos por los transeúntes.

El piadoso Kai lloró todo el camino hasta la serrería repitiendo que eso no podía, que él no podía. Y Rikke-Ursula, a quien seguía quemándole la mano, estuvo a punto de darle la razón. Y Maiken repetía que ella nunca había visto ni a Jesús ni a Nuestro Señor mirando por su telescopio, más que nada como si intentara recordárselo a sí misma. Y el mismo Jan-Johan, a quien de normal nada lo echaba para atrás, estaba nervioso y arisco y no podía hacer el trayecto todo lo rápido que hacía falta. Ünicamente Richard parecía impasible, pero fue sólo hasta llegar a la serrería y comprobar que el código del candado no servía. Entonces también él perdió los nervios; chilló, aulló y propinó patadas, primero a la puerta y luego a la carretilla, de tal suerte que Jesús clavado en la cruz cayó al suelo y se rompió la otra pierna.

El piadoso Kai se puso histérico del todo y dijo que era una blasfemia romperle la pierna a Jesús crucificado, y que ya no podrían devolverlo a la iglesia cuando hubieran convencido a Pierre Anthon de que Jesús era parte del significado, y que él nunca más podría aparecer por la casa del Señor. Después Jan-Johan le chilló que cerrara el pico y que ¿no había dicho precisamente Jesús que todo pecador sería perdonado si creía en él? Eso apaciguó al piadoso Kai y casi le hizo sonreír de nuevo; entonces el código funcionó porque lo *que pasaba era que habían olvidado los números correctos.

En ese momento surgió un nuevo problema.

Cuando entraron en la serrería arrastrando a Jesús clavado en la cruz, fue Cenicienta, la perra de Sorensen, la que se salió de quicio.

Sin quicio. Más desquicio. ¡Perra quejona, perra tontona!

Cenicienta ladraba y ladraba e intentaba morderles cada vez que trataban de acercar a Jesús

al montón de significado. Y al final tuvieron que irse a casa y abandonar a Jesús tirado en mitad del enmohecido serrín.

Y se convirtió en un problema de verdad el Jesús y la cruz tirados en mitad del serrín.

Además del piadoso Kai, había otros que también creían que eso no estaba bien. A Cenicienta le daba completamente igual que estuviera bien o no y se negaba sin descanso a aceptar que Jesús estuviera cerca del montón de significado. Y eso hiciéramos lo que hiciéramos.

Sesuda. Sesuda perra. ¡Perra quejona, perra tontona!

Ni la presión ni las golosinas pudieron con ella e hicieron que dejara de morder, o mejor dicho, hicieron que mordiera el anzuelo, y ninguno de nosotros tenía valentía para enfrentarse a sus colmillos. Tras varias horas de intentarlo estábamos a punto de darnos por vencidos e irnos a casa. También era hora de comer. Entonces a mí se me ocurrió algo. Pensé en aquella noche que fuimos a buscar el ataúd del pequeño Emil Jensen.

—Ella cree que es Jesús el que la ha separado de Sorensen —dije.

—Eso está claro —se rió Ole.

—No, en serio —insistí yo.

—Sí, totalmente en serio —volvió a reírse Ole y yo me enfadé.

Elise irrumpió en la conversación diciendo que yo tenía razón y que nunca conseguiríamos trasladar a Jesús y la cruz al montón de significado mientras Cenicienta montara guardia al lado.

Pensamos un rato en eso porque Jesús clavado en la cruz nunca tendría el significado acertado si no reposaba en el montón.

—Pues lo cortamos en pedazos más pequeños —propuso el gran Hans.

—No —estalló el piadoso Kai.

Y aunque los demás por lo general no le hacíamos demasiado caso al piadoso Kai, eso tampoco nos pareció una buena idea. Si lo partíamos en pedazos pequeños, sería como arrebatarle el significado a Jesús.

—Pues lo pintamos de negro para que Cenicienta no lo reconozca —propuso Sebastian.

—No, no sería lo mismo —protestó Jan-Johan y todos estuvimos de acuerdo: un Jesús negro no sería exactamente lo mismo.

—¿Y si colocáis a Jesús en el montón mientras yo saco la perra? —propuso Elise, y fue una propuesta a la que nadie puso objeciones.

La misma tarde después de la cena volvimos a la serrería.

Elise le ató la cuerda a Cenicienta y tan pronto desaparecieron por la puerta, Jan-Johan y el gran Hans agarraron a Jesús y lo arrastraron hasta el montón de significado. Era demasiado pesado para subirlo a lo alto, así que lo acomodaron de manera que quedara recostado en el montón.

La Dannebrog tembló, un guante de boxeo desapareció de la vista, la serpiente en formol se balanceó amenazadora y Oscarito chilló.

¡Jesús crucificado formaba parte ya *del* montón de significado! Por consideración a los sentimientos de Cenicienta lo habíamos acomodado lo más lejos posible del ataúd del pequeño Emil, sí, exacto, en el lado opuesto. Ahora, bien mirado y teniendo en cuenta lo que Cenicienta hizo después, no creo que el lugar fuera importante para ella.

Elise golpeó la puerta tres veces suavemente y tres veces fuerte.

Todos nos apartamos del montón. Jan-Johan abrió y ella entró con Cenicienta renqueando despacio detrás. La perra resoplaba y gemía como una cazuela en pleno hervor y parecía que fuera a desplomarse en cualquier momento. Pero en el momento de desatarla alzó la cabeza, olfateó como una perra joven y se movió con soltura y elegancia y la cola empinada hacia el montón de significado, donde husmeó un instante a Jesús crucificado, después se apoyó en mitad de la cruz y se meó en él, justo a la altura de la barriga.

Mear. Orinar. ¡Ah no, no, no!

Gerda soltó una risita apagada. De los demás no salió sonido alguno.

Las consecuencias del comportamiento de Cenicienta eran bastante incalculables y complejas. No podríamos ya nunca devolver la figura del Jesús meado a la iglesia.

Sin embargo, al rato, nos echamos a reír uno tras otro. Era una escena tan cómica, toda la divinidad rociada con el líquido amarillo que había soltado Cenicienta y que ahora resbalaba por el lateral yendo a parar a la pierna mutilada para gotear después al suelo de serrín. Y qué diantre, de todas maneras Jesús con las piernas rotas no estaba de buen ver.

Nos reímos a placer y se creó un ambiente de verdad fenomenal; finalmente Sofie fue a buscar su radiocasete y pudimos escuchar música. Cantamos y berreamos divirtiéndonos hasta que descubrimos que pasaban de las nueve.

Apagamos el radiocasete y salimos con prisas hacia casa por las diferentes rutas. Imagínate si algún adulto hubiera salido en busca nuestra y hubiera oído el jolgorio en la serrería en desuso.

XV

Del piadoso Kai no esperábamos mucho, pero nos dejó a todos con la boca abierta: quería la cabeza de Cenicienta.

Resultaba rarísimo.

Principalmente porque Cenicienta no pertenecía a ninguno de nosotros.

Ciertamente tal vez significaba más para Elise, pero ella ya había entregado el ataúd de su hermanito. Sólo faltaban la guapa Rosa y Jan-Johan, y ¿por qué razón entregar la cabeza de la perra iba a significar más para uno de ellos dos que para los demás?

El piadoso Kai insistía.

—Acaba ya con eso, Kai —dijo Ole.

—La cabeza de Cenicienta —exigió él.

—Sé serio, Kai —dijo Elise.

—La cabeza de Cenicienta —exigió otra vez el piadoso Kai.

—Haz una propuesta admisible —dijo Maiken.

—La cabeza de Cenicienta —continuó exigiendo el piadoso Kai, inflexible dijéramos lo que dijéramos.

En realidad sabíamos muy bien el porqué.

Desde que Jesús fue arrastrado al montón de dignificado, y de eso hacía cinco días, Cenicienta había usado la cruz de madera como su váter personal, tanto para lo menor como para lo mayor. Jesús crucificado había perdido ya buena parte de su divinidad con sus dos piernas rotas, pero ahora con la continúa actividad de la perra pronto no quedaría mucha esperanza de recuperarla. ¡Pero aun así!

Al final le dijimos al piadoso Kai que escogiera algo que tuviera un especial significado para la guapa Hosa o para Jan-Johan.

—Vale —dijo—. Entonces que la guapa Rosa le corte el cuello a Cenicienta.

Ahí nos pilló a todos. La guapa Rosa no soportaba ver sangre y por eso la acción adquiría un especial significado para ella. No se hable más.

Esa vez lloraron dos.

La bella Rosa lloró y suplicó piedad diciendo que era incapaz de hacerlo, que se desmayaría a la mitad y quizá tendría un ataque epiléptico, tendría que ir a emergencias y no sería ya nunca más la misma. Elise lloró como nunca lo había hecho sobre la tumba de su hermanito.

No nos apiadamos de ninguna de las dos.

Por un lado, la bella Rosa debía calmarse. La cabeza de Cenicienta era un sacrificio sustancialmente menor que el que muchos de nosotros tuvimos que hacer. Por otro lado, todos habíamos sospechado que Elise no había hecho un gran sacrificio, y que en realidad se había alegrado de que se desenterrara el ataúd de su hermano. El piadoso Kai obtuvo dos sacrificios con una sola oración.

El padre de Jan-Johan era carnicero y tenía la tienda en la misma casa donde vivía la familia. Y después de un par de intentos fallidos logró zafarse con un largo cuchillo de cortar carne recién afilado, se lo trajo a la serrería y lo clavó en uno de los pilares donde esperaba reluciente a que la guapa Rosa se concentrara. . Fue más rápido de lo que habíamos imaginado.

Cuando salimos de la serrería esa tarde de otoño fría y ventosa, Cenicienta había finado y su cabeza nos miraba colérica desde encima de todo el montón, mientras su cuerpo seguía encaramado al ataúd del pequeño Emil, ahora más rojo que blanco y desconchado.

Blanco. Rosado. Rojo como muerto.

A la guapa Rosa se la había visto extrañamente impasible durante todo el día en la escuela. Más tarde afirmó que estuvo a punto de desmayarse, que había sido peor que repugnante y que había apagado la luz de la serrería para no ver la sangre.

Eso de apagar la luz tal vez había sido bastante buena idea, porque al ver ella el ataúd con la sangre y el cuerpo de Cenicienta sin cabeza, se desplomó sin previo aviso. El gran Hans y Ole la trasladaron al otro extremo de la serrería y colocaron algunos tablones de madera delante para que impidieran la visión del ataúd y Cenicienta. A ella no se atrevieron a tumbarla afuera por si pasaba alguien en ese momento.

Jan-Johan miró el cuchillo que volvía a estar clavado en el pilar, ahora totalmente oscuro de sangre seca.

—¡Quién hubiera creído que vivía una matarife dentro de la guapa Rosa! —irrumpió éste carcajeándose.

Quizá no se habría reído tanto si hubiera sabido cuál iba a ser la contribución de la guapa Rosa.

XVI

Había algo sospechoso en ello.

No en que la guapa Rosa hubiera podido cortarle el cuello a Cenicienta sin tambalearse y después se hubiera caído redonda al ver la sangre en el ataúd, aunque eso fuera ya bastante raro en sí mismo.

No, lo sospechoso afloró cuando la guapa Rosa pidió el dedo índice de la mano derecha de Jan-Johan.

Ocurrió un martes por la tarde, poco después de que hubiéramos llegado todos a la serrería, empapados por la persistente lluvia monótona que también se colaba por los agujeros del techo y formaba charcos en el serrín, tan grandes que todavía no éramos lo suficiente altos para saltarlos.

Rikke-Ursula dijo que eso no se podía pedir y aún menos de Jan-Johan, que tocaba la guitarra y cantaba las canciones de los Beatles tan exactas como las originales, y no podría hacerlo sin el dedo, y por eso la guapa Rosa no podía pedírselo.

—Sí —dijo la guapa Rosa sin explicar por qué.

—No —dijo Rikke-Ursula, y los demás la apoyamos; en algún punto debía ponerse el límite.

—-Sí —dijo la guapa Rosa.

—No —repetimos nosotros.

Y cuando esto fue repetido un sinfín de veces, fue como si a la guapa Rosa le abandonaran las fuerzas, y nuestro no acogido con un silencio producto del agotamiento hizo pensar que habíamos ganado. . Sólo hasta que Sofie se entrometió.

—¿Cómo? ¿Es que no tiene importancia alguna el dedo índice de Jan-Johan?

No pudimos responder que no, pero un dedo, sin embargo, no era algo que pudiera pedirse. Sofie se mantuvo en sus trece sin poder entender en absoluto que eso pudiera dar pie a controversia alguna.

—Los demás han obtenido lo que querían. Y si la guapa Rosa quiere el dedo índice de Jan-Johan debe poder obtenerlo.

Al final accedimos, porque de todas maneras, pensamos, ninguno de nosotros querría cortarle el dedo a Jan-Johan.

—Lo haré yo —dijo Sofie brevemente.

La miramos unánimemente callados.

Una extraña frialdad la envolvía desde aquello de la pérdida de la inocencia.

Frío. Muy frío. Helado, nieve y hielo.

En ese momento me acordé de que Jan-Johan había estado aquella tarde en la serrería, y no quería imaginarme qué había hecho con el dedo. Pero ahora sabía muy bien quién le había

cortado el cuello a la pobre perra.

Sofie la ladina.

No le comuniqué a nadie mis pensamientos. En primer lugar porque no estaba segura de que el dedo tuviera que ver con la obligada entrega de Sofie. En segundo lugar porque ya no me sentía segura con lo que Sofie podía llegar a maquinar.

Varios de nosotros estábamos contentos porque el montón de significado estaba a punto de ser completado.

A Jan-Johan eso le daba igual. Para él podía ser el principio o el final, no quería entregar su dedo índice.

Si Jan-Johan no hubiera sido el último, quizá le hubiéramos perdonado el dedo. ¿Quién sabe lo que podría ocurrir después? De todas maneras ésa no es toda la verdad. Porque la verdad es que si Jan-Johan no hubiera sido el líder de la clase, el que lo decidía todo y tocaba la guitarra y cantaba las canciones de los Beatles cuando a él le venía en gana, le hubiéramos perdonado el dedo. Pero tal y como estaban las cosas no había nada que hacer.

Tenía que ser el sábado por la tarde.

Primero Sofie le cortaría el dedo, después le haríamos un vendaje cubriéndoselo y por último el piadoso Kai lo transportaría a casa de sus padres en la carretilla de los periódicos para que lo llevaran a urgencias y allí le hicieran un vendaje como es debido.

El domingo iríamos a buscar a Pierre Anthon.

100

XVII

Empleamos el viernes por la tarde para poner orden en la serrería.

Era el 14 de diciembre. No faltaba mucho para la Navidad, pero no pensábamos en ella. Teníamos cosas más importantes que hacer.

Hacía cuatro meses que pasábamos el tiempo en la serrería en desuso y se notaba. El serrín se había mezclado con tierra, envoltorios de chucherías y otras tantas porquerías. El suelo de cemento agrietado había perdido su uniformidad para formar ondulaciones y montículos entre los pedazos de tablones que habíamos esparcido por doquier para jugar a la-tierra-está-envenenada y para sentarnos en ellos. Las arañas parecían no haber interrumpido su actividad a causa de nuestra presencia. Al contrario, era como si hubiéramos favorecido sus posibilidades de captura; todas las esquinas y rincones estaban repletos de ellas. Los cristales de las ventanas, los que quedaban enteros, estaban si cabe más sucios que cuando llegamos.

Tras pelearnos un poco por quién haría qué, nos pusimos manos a la obra.

Frederik y el piadoso Kai recogieron los envoltorios de chucherías. Sebastian, Ole y el gran Hans trasladaron los tablones adonde estaba el resto. Y Maiken, Elise y Gerda treparon por doquier y sacudieron las telarañas. Lady Guillermo, Laura, Anna-Li y el roña de Henrik quitaron toda la suciedad que pudieron de los cristales, y Dennis arrancó los restos de cristales rotos, agrietados cuartos y mitades, para que no impidieran la vista. Rikke-Ursula y yo misma nos turnábamos para rastrillar el serrín y dejarlo dispuesto en una uniforme capa a rayas, con un rastrillo que nos prestó Sofie. Al final la serrería quedó muy bonita.

Una cosa con la que no pudimos hacer nada fue el hedor que había empezado a despedir el montón de significado.

Hedor nada agradable. Desagradable. Repulsivo.

Olor en parte debido a los bienes que la finada Cenicienta había legado a Jesús y a la cruz, y en parte a las moscas que zumbaban alrededor tanto de su cabeza como de su cuerpo. Otro olor todavía más nauseabundo fluía del ataúd del pequeño Emil.

El hedor me hizo recordar algo que Fierre Anthon había gritado unos días antes.

—¡Un olor nauseabundo es tan aceptable como un buen olor! —Ya no le quedaban ciruelas para tirar, así que para acompañar sus palabras golpeaba con la palma de la mano en la rama donde estaba sentado—. Es a podrido a lo que huele. Y cuando algo se descompone se está convirtiendo en algo nuevo. Y lo nuevo que se crea huele bien. Por eso no hay diferencia entre algo que huele bien y algo que huele mal, los dos forman parte del eterno carrusel.

Yo no le di respuesta, tampoco Rikke-Ursula y Mai-ken que iban conmigo. Sólo nos encogimos un poco y nos apresurarnos hacia la escuela sin comentar lo que acabábamos de oír.

^ Ahora me hallaba en la ordenada serrería tapándome la nariz y supe de pronto que Pierre Anthon tenía razón: algo que olía bien pronto se convertiría en algo que despediría un olor nauseabundo. Y algo que olía mal iba en camino de convertirse en algo que olería bien. Pero

también sabía que yo prefería algo que olía bien a algo que olía mal. ¡Lo que no sabía era cómo explicárselo!

Era hora de darle un final al significado.

¡Hora ya! ¡La hora final! ¡El último momento!

Ya no era tan divertido como antes.

En todo caso no para Jan-Johan.

Ya el viernes empezó a lamentarse mientras limpiábamos sin que sirviera de nada que Ole lo mandara callar.

—Me chivaré —respondió Jan-Johan.

Entonces se hizo el silencio.

—No te chivarás —dijo Sofie con frialdad, pero él no se *dejó* impresionar.

—Me chivaré —repitió—. ¡Me chivaré! ¡Me chivaré! ¡Me chivaré! —repetía como una canción sin melodía.

Jan-Johan quería chivarse diciendo que la historia -que habíamos inventado para que explicara a sus padres era pura mentira. Que no era verdad ni mucho menos que él hubiera hallado el desaparecido cuchillo de su padre y que se hubiera cortado el dedo al arrancarlo de la madera donde estaba clavado.

Era insoportable escuchar esos continuos lamentos, así que Ole dijo gritando que se callara o le caerían un par de tortas. Ni eso le hizo efecto. Y Ole tuvo que atizarle un par de ellas, pero eso sólo transformó los lamentos en un agudo aullido que no cesó hasta que Richard *y* Dennis sujetaron a Ole diciendo que ya era suficiente. Entonces mandamos a Jan-Johan a casa con el encargo de que volviera al día siguiente a la una.

—¡Si no apareces te daremos una paliza! —le gritó Ole.

—No —dijo Sofie meneando la cabeza—. Si no apareces, te cortaremos la mano entera.

Nos miramos. Nadie tuvo duda alguna de que Sofie lo decía en serio. Ni tampoco Jan-Johan. Agachó la cabeza y salió corriendo a todo gas de la serrería.

El sábado, cuando faltaban cinco minutos para la una, apareció Jan-Johan.

Esa vez no corría sino que caminaba lentamente, casi tambaleándose, hacia la serrería. Lo sé porque Ole y yo estábamos esperándole afuera tiritando, azotados por un viento helado y con las manos en los bolsillos. Preparados para ir a por él si no venía por su propia voluntad.

Jan-Johan empezó a lamentarse nada más vernos. Yo recordé el empecinado silencio de Sofie esa vez de la pérdida de su inocencia, y ella le dijo que guardara silencio y se calmara. ¡Vaya llorica estás hecho!

¡Llorica! ¡Gallina! ¡Janne-Johanne!

No sirvió de nada.

Y los lamentos de Jan-Johan empeoraron cuando entramos en la nave de la serrería y vio

el cuchillo clavado en el tablón encima del banco de serrar donde había que *guillotinar* el dedo. Fue lady Guillermo la que nos proporcionó esta magnífica palabra que expresaba lo que iba a acontecer. A Jan-Johan le importaba un pimiento la palabra. Aullaba a viva voz y ridiculamente y era imposible entender esos sonidos que no llegaban a ser palabras claras. Pero entendimos una de ellas:

—Mamá, mamá —chillaba.

Se tiró al serrín y rodó con las manos apretadas entre las piernas y todavía no habíamos empezado.

Era lastimoso.

¡Llorica! ¡Gallina! ¡Janne-Johanne!

Peor que lastimoso, porque él era el líder de la clase y sabía tocar la guitarra y cantar las canciones de los Beatles; pero en un tris tras se había convertido en una chillona bola lactante a la que apetecía chutar.

Uno de los Jan-Johan se había transformado en otro, y a nosotros nos gustaba el primero. Pensé entonces que quizá fuera ese otro el que Sofie había visto esa * tarde de su inocencia, con la diferencia de que esa vez era él el que estaba situado encima, y entonces un escalofrío me recorrió el cuerpo tan sólo con la idea de cuántas personas diferentes puede haber en una sola persona.

Poderoso y miserable. Distinguido y basto. Valiente y cobarde.

Era imposible tener todo eso bajo control.

—Es la una —dijo Sofie interrumpiendo mis pensamientos, lo que tal vez me salvó porque ya no estaba segura de qué derroteros tomarían éstos.

Jan-Johan lanzó un prolongado aullido quejoso y rodó por el serrín sin miramiento alguno por el dibujo a rayas del rastrillado de Rikke-Ursula y mío.

—Elise, Rosa y Fréderik, idos afuera y ocupaos de que no se acerque alguien lo bastante para que pueda oír algo —dijo Sofie con sangre fría.

La puerta se cerró tras salir los tres; Sofie se volvió hacia Ole y el gran Hans.

—Ahora os toca a vosotros.

Jan-Johan se levantó de un salto y se agarró a un pilar rodeándolo con los brazos. Ole y el gran Hans tuvieron que forcejear un rato antes de que pudieran despegar sus brazos. Cuando consiguieron separarlo, Richard y el piadoso Kai tuvieron que echarles una mano para conseguir arrastrarlo debido a lo mucho que se retorcía.

—Mirad, se está haciendo pis —irrumpió Richard de repente, y era verdad.

Gerda se rió entre dientes. Los demás miramos con asco ese irregular y oscuro reguero que quedaba en el serrín.

Aunque al fin consiguieron tumbarlo en el banco de serrar, no se le podía mantener

quieto. El gran Hans tuvo que echarse encima de su barriga. Funcionó, pero todavía apretaba los puños negándose rotundamente a abrir la mano, y eso a pesar de los argumentos físicos que le propinaban tanto Ole como el gran Hans.

—Si no quieres poner el dedo en el banco, tendré que cortártelo en la posición en que lo tienes —dijo Sofie tranquilamente.

Había algo de horrible en esa tranquilidad. Aun así nos la contagió a todos. Lo que iba a acontecer era un sacrificio necesario en la lucha por el significado. Todos debían poner de su parte. Cada uno de nosotros habíamos aportado algo. Ahora le tocaba a Jan-Johan.

No era tan malo.

Cuando Jan-Johan todavía bramaba a grito pelado, Hussain levantó su brazo que acababa de liberarse del yeso y dijo:

—No hay de qué tener miedo. Sólo se trata de un dedo.

—Sí, nadie muere de eso —dijo el gran Hans desde encima de su barriga y le obligó a abrir la mano derecha

—Y si no hiciera daño —añadió Anna-Li calmada—, no significaría nada.

El cuchillo penetraba en el dedo chirriando tan horriblemente que me arrancó un jadeo. Miré las sandalias verdes y aspiré profundamente. Durante un segundo se hizo un silencio total. Después Jan-Johan chilló tan fuerte que nunca antes había oído algo similar. Me tapé los oídos y aun así resultaba insoportable.

Cuatro veces tuvo Sofie que apretar el cuchillo; era muy difícil acertar con él revolviéndose de aquel modo. La tercera y la cuarta vez miré. A pesar de todo era inte-%resante ver cómo el dedo se convertía en una hilacha y un muñón. Después todo se cubrió de sangre; fue acertado haber mandado afuera a la guapa Rosa porque hubo mucha sangre.

Había durado una eternidad y acabó en seco.

Sofie se incorporó despacio, secó el cuchillo con una mano de serrín y lo clavó en la madera donde había estado. Las manos se las secó en el pantalón tejano.

—Ya está —dijo y se volvió para recoger el dedo.

Lady Guillermo y Maiken le hicieron un vendaje provisional a la mano, el piadoso Kai acercó la carretilla de los periódicos y cuando a Jan-Johan le fallaron las piernas, el gran Hans lo trasladó afuera y lo subió a la carretilla.

Jan-Johan sollozaba tanto que casi no podía tomar aire para respirar y había aparecido una gran mancha marrón y maloliente por detrás de sus pantalones.

—¡Recuerda que tú eres el siguiente que escogerá! —gritó Ole para animarlo un poco, aunque no hubiera un siguiente.

A menos que se pensara en Pierre Anthon.

El piadoso Kai puso en marcha la bicicleta y la carretilla de los periódicos triscaba ágil detrás,

alejándose del lugar con el sollozante Jan-Johan.

XVIII

No sé lo que hubiera pasado si Jan-Johan no se hubiera chivado. Sucedió que la policía fue a la serrería antes de que tuviéramos ocasión de llevar a Pierre Anthon allí.

Seguíamos allí cuando llegó. Todos.

Lo que luego dijeron por escrito a nuestros padres fue que, además de veinte impasibles alumnos de séptimo, encontraron un maloliente montón con un contenido singular y macabro; entre otras cosas había un perro decapitado, un ataúd de niño, posiblemente con contenido (en consideración a que constituía una prueba no quisieron abrirlo), un dedo sangrante, una figura de Jesús víctima del vandalismo, una Dannebrog, una serpiente sumergida en formol, una alfombra de rezos, un par de muletas, un telescopio, una bicicleta amarillo neón, etcétera.

Fue el «etcétera» lo que nos ofendió. Como si se pudiera reducir el significado a un «etcétera».

Etcétera. Y más cosas. Y otras cosas que no hace falta nombrar, al menos por ahora.

No tuvimos posibilidad de protestar porque el escándalo que se formó fue de abrigo.

Que faltaran pocos días para la Navidad nadie lo consideró una atenuante.

A la mayoría de nosotros nos impusieron arresto domiciliario, algunos recibieron una paliza, y Hussain ingresó de nuevo en urgencias y allí se encontró con Jan-Johan. En eso, al menos, tuvieron suerte porque pudieron compartir habitación y hablar allí y quedarse en cama. Yo sólo podía, desde la cama, mirar la pared y la alfombra rayada, desde el momento en que la policía me acompañó a casa y le entregó una carta a mi madre, el sábado por la tarde, hasta que el lunes tuve permiso para ir a la escuela bajo la orden de que al terminar debía ir directamente a casa. Y eso era sólo el principio.

En la escuela nos dieron un rapapolvo más.

Pero nosotros estábamos obcecados y no nos dábamos por vencidos. Es decir, casi: algunos lloraron y pidieron perdón. El roña de Henrik sollozó y dijo que todo fue culpa nuestra, y que él no quiso participar en nada. Ni siquiera en lo de la serpiente en formol.

—Perdón, perdón —gritaba el piadoso Kai al rato. Era para ponerse mala oyéndolo y Ole, al final, se vio obligado a pellizcarle fuerte en el muslo.

— Lo siento, no lo haré nunca más —chilló Fre-derik, y aun estando sentado estiró tanto la espalda que pareció que estaba de pie. En todo caso, hasta que Maiken atinó a clavarle la punta de un compás en el costado.

Sofie trasladaba su mirada de desprecio de un renegado a otro. Y se comportaba con absoluta calma. Cuando el profesor Eskildsen, tras reprendernos sin interrupción durante treinta y ocho minutos, golpeó su mesa diciendo que qué provecho habíamos sacado de todo eso, fue

ella la que respondió.

—Significado. —Asintió como para sí misma—. Vosotros no nos habéis enseñado nada. Así que lo hemos aprendido solos.

Sofie fue enviada de inmediato al despacho del subdirector.

Las malas lenguas contaban que en el despacho del subdirector ella sólo repitió la misma palabra, a pesar de que éste le impuso un castigo y la amonestó tan fuerte que pudo oírse desde el patio de la escuela.

Cuando Sofie volvió a entrar en la clase, tenía una luz extraña en los ojos. La contemplé largo rato. Aparte de un ligero sonrojo en las mejillas en la región cercana a la raíz del pelo, su rostro reflejaba palidez e impasibilidad, quizá con una pizca de frialdad pero también con el rescoldo de una viva llama. Sin saber a ciencia cierta el qué, presentía que esa llama interna estaba vinculada al significado. Decidí no olvidarlo pasara lo que pasara. Aunque esa llama ardiendo no fuera algo que pudiera depositarse en el montón, y aunque yo, de una u otra manera, tampoco pudiera referírsela a Pierre Anthon.

En el recreo pateamos por todo el patio mientras discutíamos qué haríamos.

Hacía frío y los guantes y los gorros calentaban poco rato; el asfalto del patio estaba cubierto por una ligera capa de aguanieve que nos dejaba las botas mojadas y asquerosas. Pero no nos quedaba otra; formaba parte de nuestro castigo eso de tener que pasar los minutos de recreo afuera.

Algunos eran más partidarios de que contáramos toda la historia y dejáramos claro que Pierre Anthon tenía la culpa de todo y después devolviéramos las cosas a su lugar de origen.

—Así quizá me den permiso para izar la bandera de nuevo —dijo Frederik esperanzado.

—Y yo pueda volver a la iglesia —disparó el piadoso Kai.

—Quizá sea esto lo mejor —parecía que Sebastian se alegraba con la idea de poder ir a pescar otra vez.

—No —estalló Anna-Li sorprendiéndonos una vez más—. Todo lo que hemos hecho perdería el significado.

—¡Y a mí nadie me devuelve a Oscarito, verdad! —añadió Gerda disgustada y tenía razón. Oscarito había sucumbido a la primera helada la noche del 3 de diciembre.

—¡Pobrecita Cenicienta! —suspiró Elise pensando que quizá hubiera muerto sin provecho alguno.

Yo no dije nada. Era invierno y en esa estación del año mis sandalias verdes no me servían de nada. La mayoría de nosotros todavía estábamos unidos. Y So-fie tuvo absoluto respaldo cuando escupió en el asfalto delante de las botas del piadoso Kai.

—¡Gallinas! —gruñó—. ¿Tan fácilmente os dais por vencidos?

Frederik y el piadoso Kai rascaban el asfalto con los talones de las botas. Sebastian se encogió.

—Hay tanto escándalo, además hemos hecho algo indebido —se lanzó Frederik cauteloso.

—¿Acaso ño se trata de significado lo que tenemos en la serrería? —Miró a Frederik a los ojos hasta que él bajó la mirada asintiendo—. ¡Si renunciamos al significado, no nos queda nada!

¡Nada! ¡Ninguna cosa! ¡Nada en absoluto!

—¿Estamos de acuerdo? —Paseó la mirada por nosotros con la llama en su rostro ardiendo más que nunca—. ¿No es el significado más importante que todo lo demás?

—Por supuesto —dijo Ole, y aprovechó la ocasión para propinarle a Frederik un fuerte empellón que casi lo tira al suelo.

Los demás asentimos murmurando: claro, por supuesto y naturalmente y no podía ser de otra manera. Porque así era.

—Queda un problema por resolver —continuó Sofie—. ¿Cómo conseguir mostrarle el montón de significado a Fierre Anthon?

No tuvo necesidad de explicar lo que estaba pensando. La policía había bloqueado la serrería y el montón de significado como pruebas del caso. Y todos estábamos sujetos a arresto domiciliario.

Tocó el timbre, la única posibilidad de seguir discutiendo el tema era en las próximas pausas de un cuarto de hora.

Sofie halló la solución a la primera parte del problema.

—Con un poco de suerte podremos burlar el cerco policial —dijo—. La serrería tiene una ventana en el techo del desván, justo en el lateral opuesto a la calle y a la entrada. La policía no monta guardia en ese lado. Si conseguimos una escalera, podremos encaramarnos y entrar por ahí.

Con el arresto domiciliario era peor. A pocos les apetecía provocar a sus enojados padres precisamente ahora.

—Quizá podríamos pedirle a Pierre Anthon que acuda solo a la serrería y lo vea todo —propuso Richard.

—Nunca lo conseguiríamos —dijo Maiken—. Creería que intentamos burlarnos de él.

Yo tuve una idea.

—¿Y si *Taering Martes* publicara una historia sobre nosotros y el montón? Seguro que él sentiría curiosidad y se acercaría a verlo.

—¿Pero cómo conseguimos que el periódico hable de nosotros? —dijo Ole. La policía mantenía en secreto lo de la serrería precisamente por nuestros nombres y edad.

—Llamamos al periódico fingiendo ser ciudadanos escandalizados que han sabido de esa profanada figura de Jesús, etcétera. —Yo misma me reí de la ocurrencia.

—¡No digas eso de etcétera! —gritó Gerda pensando seguramente en Oscarito allí tieso en su jaula en lo alto del montón.

—¡No seré yo quien llame!

—¿Pues quién entonces?

Nos miramos unos a otros. No entendía por qué todos acabaron mirándome a mí, eso me ocurría por no» mantener la boca cerrada.

—Boca cerrada. Callada. No decir ________ .

Podría haberme tragado la lengua.

Esa tarde no estuve a solas en casa ni un solo instante. Sin embargo al tercer día se me presentó la ocasión: mi hermano fue a jugar fútbol y mi madre tenía que salir a comprar. Tan pronto como mi madre se alejó en su bicicleta cogí el teléfono de la cocina y marqué el número.

—*Taering Martes* —dijo una chillona voz de mujer.

—Quiero hablar con el redactor jefe —dije, más porque no sabía por quién preguntar que otra cosa. Hablaba con un jersey encima del auricular. Pero no valió.

—¿A quién tengo que anunciar? —preguntó la voz femenina demasiado curiosa.

—Hedda Huid Hansen.

Fue el único nombre que me vino a la mente, aunque enseguida me arrepentí porque la idea era que la llamada fuera anónima. Pero se trataba del nombre de la esposa del pastor y no del mío, así que no tenía por qué preocuparme. Y al menos me pondrían, como mínimo, con el redactor jefe.

—Soborg —dijo él con profunda voz rugiente.

La voz me tranquilizó. Sonaba rara y amistosa como la de mi abuelo, así que fui a por todas.

—Le habla Hedda Huid Hansen. Sí, querría que tratara usted el tema confidencialmente, pero creo que hay algo de lo que su periódico tendría que encargarse. —Tomé una profunda bocanada de aire como si estuviera conmocionada—. Sí, usted habrá oído algo referente a los terribles sucesos ocurridos en la iglesia y entornos estos últimos días. Primero el cementerio fue arrasado y dos lápidas robadas, después nuestro Jesús crucificado fue robado de la iglesia, incluso siendo domingo. —Aspiré otra vez produciendo un sonido sibilante—. De lo que estoy segura es de que usted no ha oído que estas joyas nacionales acaban de ser halladas. Junto a un pequeño ataúd que quizá contenga algo y a una serpiente en formol, a una bicicleta amarillo neón y —entonces bajé la voz— a un perro decapitado, a un hámster muerto, a un dedo índice ensangrentado y cantidad de cosas más. Ah, y también a un par de sandalias verdes.

No pude evitar añadir esto último, aunque en verdad no fue inteligente. Por fortuna el redactor jefe no lo asoció con nada en especial.

—Eso es horrible.

—Sí, horripilante, ¿cierto? En la serrería en desuso. Y se dice que existe un grupo de niños que han sido los que han reunido todos esos, sí, cómo llamarlos, objetos, porque se dedicaban a juntar significado. Sí, realmente aquello de la serrería debe de ser algo parecido a *¡un montón de significado!* —y arrastré el aire entre los dientes así que silbó otra vez.

El redactor jefe repitió que eso era, en verdad, una historia horrible, pero después dijo que en esos días con la Navidad a la vuelta de la esquina no podía prescindir de personal. Aunque nada más colgar se aseguró de que la serrería en desuso de la que hablaba Hedda Huid Hansen estaba en Taering Markvei, totalmente en un extremo de la ciudad[1].

Creo que el redactor jefe pensó que toda esa historia era un embuste, pero tenía la esperanza de haberle provocado la suficiente curiosidad para que pusiera a un periodista a investigar. Para más seguridad llamé a Sofie. Quizá valiera la pena estar al tanto de si se acercaba alguien a la serrería.

Se celebró la fiesta de Navidad en la escuela (en la que sé nos prohibió participar) y llegó la noche anterior a la Nochebuena (ahí empezaron nuestros padres a ablandarse), y llegó Nochebuena (con alivio constatamos que no nos habían hecho menos regalos que a nuestros formalitos hermanos y hermanas, o que en años anteriores). Pero la auténtica Navidad no llegó hasta el día anterior a la Nochevieja, cuando pudo leerse en *Taering*

Martes que los demonios habían hallado el camino a Taering.

Esos demonios éramos nosotros.

La página tres contenía una detallada descripción del montón de significado.

Debido a la prohibición de revelar la identidad de los autores no se daban nuestros nombres, sólo ponía que se sospechaba de uno de los cursos superiores de la Escuela Taering. Nos sentimos no poco halagados, y eso a pesar de que Pierre Anthon todavía no se había personado por las cercanías de la serrería. Tan pronto como empezó la escuela el 4 de enero, nos paseamos por el patio con la espalda bien erguida y dándonos aires de importancia para que a los de la otra clase de séptimo y a los cursos por debajo del nuestro no les cupiera la menor duda de que estábamos en posesión de algo que ellos no sabían. También los hubo, y muchos, que intentaron tirarnos de la lengua, pero lo único que les decíamos era que habíamos hallado el significado.

Fue Sofie la que nos instruía. Debíamos responder con la palabra significado y nada más y eso hicimos.

—¡Hemos hallado el significado!

Era también lo que respondíamos a los profesores y a nuestros padres y a la policía y a todos los que nos preguntaban por qué una y otra vez.

Y fue también lo que respondimos a los grandes periódicos cuando aparecieron.

XIX

Los periódicos de la costa oeste aparecieron primero. Luego los de la mañana. Más tarde los de la capital y los diferentes periódicos locales. Al final llegaron las revistas semanales y el canal de la televisión regional.

Y quedaron divididos en dos.

El primer grupo estaba de acuerdo con el *Taering Martes:* éramos unos agitadores ingobernables y debían encerrarnos en un correccional. El segundo grupo empezó a murmurar, para sorpresa nuestra, sobre arte y sentido de la vida, mientras que el último se inclinaba más bien hacia el mismo lado que los primeros. El debate a favor y en contra no tardó en coger un ritmo atropellado.

¡A favor! ¡En contra! ¡A favor por en contra!

No entendíamos la intensidad de la furia y las palabras tanto de los «a favor» como de los «en contra». Y gentes de todo el país, pero mayormente de la capital, aunque nunca antes hubieran mostrado interés alguno por Taering y sus alrededores, iniciaron una peregrinación hasta aquí. Un hecho consumado fue que la furia y las palabras a favor y en contra hacían crecer la importancia del montón de significado. Pero lo que era más importante aún: con toda esa prensa y las visitas de los críticos de arte, de una pila de gente refinada y de unas cuantas personas corrientes, la policía se vio obligada a abrir la serrería y permitir las visitas de las doce a las dieciséis horas cada día.

Ahora le resultaba fácil a Pierre Anthon acudir a ver el montón de significado.

Con lo que no habíamos contado era con que Pierre Anthon no quería.

—Nada importa, y no vale la pena preocuparse por nada. Ni tampoco por vuestro montón de cachivaches —eso fue todo lo que dijo.

Hiciéramos lo que hiciéramos no lo sacábamos de sus trece. Cada vez que intentábamos seducirlo o amenazarlo para que se acercara, la respuesta era una y siempre la misma: ¡No!

Nos decepcionó muchísimo.

Sí, tanto que casi nos arrebata el coraje, porque su actitud lo desposeía todo de significado: Oscarito y la inocencia y Cenicienta y el dedo de Jan-Johan y el pequeño Emil y la Dannebrog y el pelo azul de Rikke-Ur-sula y todo lo demás allí en el montón de significado. Y no servía de nada que más y más personas pensaran que el montón significaba algo, ni que ya no se nos mirara con malos ojos, ni nuestros padres ni los profesores ni la policía.

Lo intentamos una y otra vez.

Algunas veces en grupos y otras veces toda la clase (exceptuando el piadoso Kai que se había condenado a sí mismo a ayudar en misa y a mantener arresto domiciliario cuatro días más que nosotros). No había nada que hacer. Ni siquiera sirvió de nada que la prensa sueca, luego la noruega y la de los demás países nórdicos junto a la mayoría de la prensa europea y más tarde de

la norteamericana, y finalmente de la prensa de todo el mundo, vinieran a Taering y nos convirtieran en algo.

Y algo era igual a alguien.

¡A pesar de lo que Pierre Anthon dijera!

Había sido emocionante que el *Taering Martes* escribiera sobre nosotros. Fantástico que la prensa nacional llegara y entre ellos empezaran a pelearse y discutir sobre el montón de significado, pero fue del todo increíble y de significado extremo cuando apareció prensa de todo el mundo. Normalmente enero en Taering no era un mes de festejos. Ese año enero no acababa.

Enero.

Enero.

Enero.

Enero.

Y en febrero continuó siendo enero, incluida lacuaresma; hasta el 1 de marzo fue enero.

Nos fotografiaron por delante, por detrás y de lado, tanto desde un ángulo inferior oblicuo como desde uno superior. Los fotógrafos nos perseguían para obtener la mejor sonrisa, la más inteligente de las arrugas, de la frente, el gesto más magnífico. Los periodistas llamaban de día y de noche a nuestra puerta, y los canales de televisión de todos los países habidos y por haber situaban sus cámaras afuera de la escuela y nos filmaban cuando entrábamos o salíamos. Incluso Jan-Johan estaba satisfecho y levantaba valiente el muñón vendado mostrándolo a todos los fotógrafos para que la falta del dedo índice pudiera ser inmortalizada aquí y allá.

Pero más que nada, periodistas y fotógrafos acudían masivamente a la serrería en desuso para halar la propia perspectiva del fenómeno.

El montón de significado empezaba a ser del dominio público.

Todo el mundo estaba impresionado. Todos a excepción de Fierre Anthon.

XX

—¡Todo esto ya ha sucedido antes! —gritó Fierre Anthon con una nube de vaho helado que rodeaba el oscuro agujero del pasamontañas—. Ahora esto es noticia y todo el mundo tiene la mirada volcada en Taering. E1 mes que viene Taering será olvidado y el mundo entero estará en otro lugar —dijo y escupió desdeñoso a la acera, pero no nos dio.

Ni con sus esputos ni con sus palabras.

—¡Cállate la boca! —chilló Jan-Johan—. Sólo nos tienes envidia.

—¡Sólo nos tienes envidia! ¡Sólo nos tienes envidia! —cantamos como un jubiloso eco.

Éramos famosos, y no existía nada que pudiera derrocarnos.

No existía nada que pudiera derrocarnos porque éramos famosos.

Era el día después de que apareciera el primer periódico inglés, y a pesar de que no quería, Pierre Anthon participó del significado y de la fama. Por fortuna no nos importaba ni eso ni tampoco que no quisiera venir a la serrería a ver el montón de significado. Completamente, del todo, por completo.

Y los que estaban en contra del montón de significado nos traían sin cuidado, tanto si eran de Taering, de la prensa como de otros lugares del país y del mundo. Porque había muchísimos que estaban a favor nuestro.Y tanta gente no podía equivocarse.

¡Muchos! ¡Más! ¡La verdad!

Y la verdad no disminuyó cuando nos invitaron a Atlanta para participar en un show televisivo que se retransmitiría en Estados Unidos y el resto del mundo.

Todos en Taering estaban envueltos en la discusión de si se nos debería autorizar a viajar a Norteamérica o no. A los habitantes de Taering que estaban en contra del significado, del montón y nuestro, no les hacía falta valorarlo. Ni hablar de que se nos diera permiso para ponernos en evidencia —a nosotros, a Taering y a ellos— ante la mirada del mundo entero. ¡Como si no fuera ya bastante horrible el estado actual de las cosas! Los demás habitantes de nuestra ciudad estaban orgullosos de la invitación, de nosotros y del significado porque Taering nunca antes había sido objeto de tanta atención, ni por una ni otra circunstancia.

La mayoría apoyaba el significado.

A pesar de ello nos prohibieron hacer el viaje.

Claro, cuanto más a favor nuestro se estaba, más razones había para brindarnos cuidados extras, tanto a nosotros como al montón de significado. Y a pesar de lo que dijeron los del canal de televisión, nunca se sabía qué podía pasarnos al otro lado del Atlántico.

Nos hartaba, pero no tanto. Que nos cuidaran tan bien sólo aumentaba nuestro significado. Eso nos parecía a nosotros.

Hasta que volvimos a pasar por delante de Tasringvei, 25.

Era un lunes por la mañana, oscuro, frío y ventoso. No habría sido especialmente agradable salir para encaminarse a lá escuela si no hubiera sido porque el significado continuaba haciendo sombra tanto a las matemáticas como a la lengua, al alemán, a la historia, a la biología y a todo lo que era aburrido de la ciudad. Yo iba acompañada de Rikke-Ursula, Gerda y Lady Guillermo y, mientras nos inclinábamos hacia delante batiéndonos contra el viento, discutíamos sobre si éramos lo suficiente importantes para que la presentadora del show televisivo norteamericano viniera a nuestra ciudad, ya que nosotros no podíamos ir hasta ella.

Lady Guillermo estaba segura de estar en lo cierto.

—*Bien sûr!* —dijo y asintió otra vez—. *Bien sûr*, vendrá.

Yo misma pensaba que no podía ser de otro modo, pero antes de llegar al tema de cuál sería el lugar más adecuado para filmar el show y qué nos pondríamos, fuimos interrumpidos por Fierre Anthon.

—Ja —gritó sin problema alguno para ensordecer el viento desde su rama—. ¡Como si la prohibición de que hagáis el viaje tuviera algo que ver con vuestra seguridad! —se carcajeó—. Cuánto dinero creéis que Taering ganaría si os llevarais de aquí a periodistas y fotógrafos, en lugar de que siga llegando más y más gente y se aloje en fondas y demás lugares con un metro cuadrado por alquilar; comer también comen y consumen cerveza, chocolate y cigarrillos, se hacen arreglar los zapatos y todo lo impensable. ¡Ja, ja! ¿Hasta qué punto os podéis permitir ser tan tontos? —Pierre Anthon agitó su pasamontañas al viento y éste formó parte de su risa.

—El que ríe el último ríe mejor —gritó Rikke-Up-sula—. Espera y verás. Si el significado no puede ir al show televisivo, el show televisivo irá al significado.

—¡Sí, totalmente cierto! —se rió Pierre Anthon—. ¡El que ríe el último ríe mejor! —Y soltó una carcajada fuerte que sonó a convincente argumento y convencimiento.

—¡Ja, ja! ¡Jo, jo! ¡Yo llevo razón!

Tanto si Pierre Anthon sabía lo que se decía como si lo adivinaba, acertó.

Lo de actuar para Estados Unidos y el resto del mundo quedó en agua de borrajas. Porque aunque fuéramos importantes y significativos, la presentadora de televisión lo era más. Y no tenía tiempo para venir a Taering a hablar con nosotros.

Eso ya era bastante malo en sí mismo.

Mucho peor fue, sin embargo, que eso sembrara en mí una sombra de duda acerca de si Pierre Anthon había dado con algo importante: que el significado es relativo y por tanto vacío de significado.

Pero no dije nada.

Tenía miedo de Sofie, pero no sólo eso. Era agradable estar rodeado de fama y de fe en el significado y no quería alejarme de aquello porque afuera no existía más que exterior y la nada. Por eso continuaba pavo-neándome y dándome aires de importancia, como si realmente hubiera hallado el significado y no dudara de lo que era.

Era fácil fingir. Si bien es cierto que continuaban sonando muchas voces en contra, la furia

con la que se libraba la batalla por el significado del montón de significado sólo podía entrañar que el asunto era de una enorme importancia. E importancia era igual a significado, por eso enorme importancia era igual a enorme significado.

Incluso yo dudaba, claro, pero sólo un poquito.

Poquito. Menos. Nada.

Ganamos la batalla sobre el significado en la prensa local y mundial.

Lo raro fue que esa victoria acabara por sentirse como derrota.

XXI

Fue un gran museo de New York el que decidió el asunto. Su nombre estaba formado por unas cómicas abreviaturas que sonaban a algo que un niño no podría pronunciar con claridad. Aunque el nombre sonara a toemez, selló el rabioso debate de una vez por todas: nos ofreció tres millones y medio de dólares por el montón de significado.

De pronto todos supieron que el montón de significado era una obra de arte y que sólo ignorantes no iniciados podían sostener lo contrario. Incluso el crítico de arte de la prensa de la costa oeste se retractó y dijo que, después de mirar ese montón con más detenimiento, vio que era, con todo, casi genial y quizá un exponente de una interpretación nueva y original del sentido de la vida. Resultaba que la primera vez sólo lo había visto de frente, escribió.

Tres millones y medio de dólares era mucho dinero, pensamos, sin realmente tener precisa conciencia de la enorme suma. A través de un abogado, contratado para representarnos, insistimos en que el precio del montón de significado era tres millones seiscientos mil dólares. Nunca hay que vender más barato si se puede vender i» más caro. Sí, al final pedimos tres millones seiscientos veinte mil dólares, un extra para pagar a la iglesia por un Jesús crucificado nuevo porque ése ya no podíamos devolverlo.

El museo aceptó, y así quedó la cosa.

Sólo quedaba pendiente acordar una fecha para que se llevaran el montón de significado.

Hubo que arreglar muchos papeles y permisos para que el montón pudiera sacarse del país. Pero mientras tanto —a pesar de lo insólitamente fría que fue aquella primavera— los componentes corruptibles se deterioraban muy aprisa cada día que pasaba. El museo se puso, al fin, de acuerdo consigo mismo en que fuera el 8 de abril, cuatro semanas y media después de la fecha en que se acordó. Entonces la gente del museo y sus abogados abandonaron Taering, y con ellos la prensa mundial, entre ellos nuestra prensa nacional. Taering volvió a ser la ciudad que siempre había sido:

Aburrida. Más que aburrida. Aburridísima.

Fue muy estrambótico.

Habíamos hallado el significado y con él el sentido de todo. Todos los expertos habidos y por haber declararon lo magnífico que era nuestro montón de significado. Un museo americano pagaba millones por él.

Y aun así parecía que ya no interesaba a nadie. No lo entendíamos.

O el montón tenía significado o no lo tenía. Y habiéndose puesto de acuerdo todo el mundo en que lo tenía, no podía ahora dejar de tenerlo.

Íbamos y veníamos de la escuela sin la presencia ni de una sola cámara ni de un solo periodista. Nos fuimos a la serrería. El montón de significado no había cambiado en nada (ni se notaba que se habían sacado del resquebrajado ataúd los restos del pequeño Emil y se habían depositado en un nuevo ataúd que fue enterrado y ahora se resquebrajaba bajo tierra como el primero). Nada había cambiado, que el montón pareciera haber disminuido tenía que deberse exclusivamente a una alucinación. ¿Verdad?

Por otro lado, era un hecho consumado el que enero, con toda la fama y el significado consiguientes, quedaron barridos de pronto, la primera semana de marzo.

A Pierre Anthon le divertía.

—El significado es significado. Por tanto, si en verdad lo hubierais hallado, seguiríais teniéndolo. Y la prensa de todo el mundo seguiría estando aquí para intentar descubrir en qué consiste. Pero la prensa no *está* aquí, ¡por tanto sea lo que sea lo que habéis hallado no es significado porque éste, por supuesto, no existe!

Intentamos hacer como si tal cosa andando con la cabeza bien alta y sintiéndonos importantes, algo y alguien.

Al principio nos resultó tan bien que casi nosotros mismos llegamos a creerlo. Ayudó un poco la relectura de muchos de los recortes de prensa pegados en una libreta apropiada para el caso y volver a ver las filmaciones de los vídeos. Después fue como si los recortes palidecieran y las entrevistas se convirtieran en comedias gastadas; entonces Pierre Anthon tuvo la jugada más y más fácil.

La duda se apoderó, uno a uno, de nosotros.

Era traición. No lo comentamos entre nosotros. Sólo se notó en la forma en que desapareció la sonrisa de nuestras caras y fue reemplazada por una máscara parecida a la de los adultos. Eso nos revelaba, tal vez con demasiada claridad, que quizá no hubiera mucho que importara.

Sofie era la única que resistía. Y al final su rostro pálido y sus ojos encendidos eran lo único que nos impedía darnos por vencidos.

Y darle la razón a Pierre Anthon.

XXII

Era primavera, pero ese año no se nos metió en el cuerpo.

íbamos a pasar a octavo y estaba al caer el tener que escoger nueva escuela y nuevas asignaturas. Cómo demonios lo haríamos teniendo a Pierre Anthon recordándonos que las cosas carecían de sentido, era algo de lo que no teníamos ni idea. Nos diseminaríamos a los cuatro vientos y perderíamos la conexión con el significado que primero hallamos y más tarde perdimos sin saber del todo adonde había ido a parar.

Casi como para hacernos creer que no estábamos en primavera, continuábamos sufriendo los crudos efectos invernales. Nieve tardía que caía y se fundía, volvía a caer y volvía a fundirse. Todavía nevó una última vez y se fundió pero más rápido. Los erantis y las campanillas blancas se escondían, todavía cerradas y heladas, bajo la nieve, y cuando la última capa desapareció del todo, se abrieron entre las pocas hebras de hierba que habían sobrevivido al invierno en Taering, anunciando lo nuevo y la primavera.

Los de 7.° A no percibimos ni lo nuevo ni la primavera.

¿Qué significado tenía la primavera si pronto llegaría el otoño y todo lo que brotaba se marchitaría? ¿Cómo podíamos sentirnos dichosos ante el renacer de las hayas y el regreso de los estorninos, o ante la creciente altura del sol en el cielo por cada día que pasaba? Pronto daría todo la vuelta y seguiría el rumbo opuesto hasta la oscuridad de los días y el frío, sin una flor ni hojas en los árboles. La primavera sólo nos recordaba que pronto desapareceríamos nosotros también.

Cada vez que levantaba un brazo era un aviso de que pronto bajaría y el gesto quedaría en nada. Cada vez que sonreía y reía me acosaba el pensamiento de cuántas veces lo haría con esa misma boca, esos mismos ojos, hasta que un día ya no se abrirían más, y entonces otros llorarían y reirían hasta ser también ellos enterrados bajo tierra. Sólo el paso de los planetas por el cielo parecía ser eterno, y ni eso, porque una mañana Pierre Anthon explicó a grito pelado que el universo se comprimía hasta que un día llegaría al colapso total, un Big Bang a la inversa. Todo quedaría tan reducido y apretado que sería como nada. Ni siquiera los planetas resistían ser sometidos a tamaños razonamientos. Y así era con todo. No existía nada que resistiera.

Resistir. Persistir. Todas las cosas, ninguna, nada.

Andábamos por ahí como si no existiéramos.

Los días se parecían. Y aunque durante toda la semana esperábamos el fin de semana, éste siempre nos decepcionaba y ya era lunes de nuevo; y todo volvía a empezar; y eso era la vida y nada más. Empezamos a entender lo que Fierre Anthon intentaba decirnos. Y también por qué los adultos tenían ese aspecto. Aunque hubiéramos jurado que nunca nos pareceríamos a ellos, había ocurrido. Y ni siquiera habíamos cumplido los quince.

Trece. Catorce. Adultos. Muertos.

Sólo Sofie seguía respondiendo a Pierre Anthon cuando pasábamos por delante de Taeringvei, 25 y del retorcido ciruelo.

—¡Esto es el futuro! —gritó Pierre Anthon de nuevo y manoteó como si nos mostrara que todo estaba ya hecho y no quedaba nada para nosotros que no fuera Taering y la falta de sentido.

Los demás agachábamos la cabeza. Sofie no.

—El futuro es aquello en lo que lo convertimos —gritó como respuesta.

—Monsergas —chilló Pierre Anthon—. ¡No hay nada que pueda convertirse en algo! Porque nada importa.

—¡Existen cantidad de cosas que importan! —Sofie, rabiosa, le tiró una mano de piedras pequeñas. Algunas le dieron pero no lo suficientemente fuerte como para hacerlo desistir—. Ven a la serrería y verás las cosas que tienen significado.

Me di cuenta de que Sofie creía de verdad lo que estaba diciendo.

Para ella el montón de significado era el significado. O quizá sea más correcto decir que para ella significaba algo que para nosotros ya no.

—¡Vuestros cachivaches no significan nada! De otra manera la prensa mundial se habría quedado y , gente de todo el mundo peregrinaría a Taering para hacerse con un poco de vuestro significado.

—¡No quieres ver el montón de significado porque no te atreves! —gritó Sofie lo más alto que pudo.

—¡Si vuestro montón de basura tuviera el más mínimo significado, no sería yo el que no quisiera reconocerlo! —dijo Pierre Anthon condescendiente y añadió, sosegado, casi compasivo—: Pero no lo tiene porque de otra manera no lo habríais vendido, ¿verdad?

Por primera vez desde aquello de la inocencia, vi lágrimas en los ojos de Sofie.

Se las secó con el puño, tan rápido que yo más tarde dudé de si lo que había visto era real. A eso último ella no le respondió. Y desde aquel día Sofie daba un rodeo para llegar a la escuela.

Faltaba sólo una semana para el 8 de abril.

Faltaba sólo una semana para que el museo empaquetara, precintara y se llevara el montón de significado.

Faltaba una semana para que Pierre Anthon se quedara para siempre con la verdad.

Los demás, tácitamente, nos habíamos dado por vencidos, pero, aun así, sería insoportable que Sofie se rindiera. Y eso era lo que estaba a punto de ocurrir. Al menos era lo que yo creía. Pero Sofie no se rindió. Sofie perdió el juicio.

XXIII

Ocurrió de repente, aunque ahondando en ello y pensando en lo sucedido los últimos días, podía uno darse cuenta de que ya se veía venir. De pronto Sofie se mostraba pacífica e indulgente cuando estaba con nosotros en la serrería, y de pronto se ponía a correr dándose cabezazos contra los pilares y lanzando patadas al serrín para rociar con él el montón de significado. Y se hubiera encaramado a él y lo hubiera despellejado de no ser por Ole y el gran Hans, que la inmovilizaron.

Era el día antes de que la gente del museo viniera a empaquetar el montón de significado y llevárselo, y el significado —o lo que quedara de él— abandonaría Tsering para siempre.

—¡No es suyo, es nuestro significado! —chilló Sofie y entonces caímos en la cuenta de que era la primera vez en seis días que Sofie hablaba.

—¡Se lo hemos vendido!

—¡El significado no se vende! —Sofie aporreó con los puños a Ole en el pecho y en la barriga, y pude ver que le hacía daño. Luego el gran Hans le agarró el brazo y se lo retorció hacia la espalda, y en ese momento fue Sofie quien sintió dolor.

Yo sabía que Sofie tenía razón.

El significado no se vende. O lo tienes o no lo tienes. El haber vendido el montón de significado hizo que éste perdiera su significado. Si es que lo había tenido alguna vez. Pero sobre eso no me interrogué en ese momento porque si nunca lo había tenido, no era Sofie la que tenía razón sino Pierre Anthon.

—¡Es lo que hemos hecho y por eso ya no existe! —respondió Ole con una rabia tan enconada que dejaba claro que él también reconocía que no deberíamos haberlo vendido.

—¡Entonces esto ya no significa nada! —gritó Sofie.

—Acaba ya, Sofie. Que se vaya a la porra ese montón, ya no importa —gritó el gran Hans. Y yo pensé que con el dinero del museo siempre podría comprarse una bicicleta nueva y mejor que ésa amarillo neón. Así que, para él, claro que podía irse todo a la porra.

—¡Si el montón no significa nada, entonces Pierre Anthon tiene razón y en ese caso no hay nada que importe! —continuó diciendo Sofie—. ¡Nada!

—Cállate, Sofie —gritó Gerda.

—Sí, cierra el pico, Sofie —sonó la voz de Jan-Johan.

—Cierra el pico, Sofie —corearon Elise, Hussain, Rikke-Ursula, el piadoso Kai y un montón más.

Pero Sofie no cerró el pico. Al contrario. Se puso a chillar más alto.

—Nada —chilló—. ¡Nada! ¡Nada! ¡Nada! ¡Nada! ¡Nada!...

Sofie chilló y chilló. Tan fuerte y agudo que nos pitaban los oídos y nos dolía en lo profundo de los huese-cillos. Pero lo peor de todo fue que con el grito pareció que se desmoronaba todo. Como si el montón de significado verdaderamente dejara de tener

significado y con ello también lo perdiera todo lo demás.

Primavera, verano, otoño, invierno, gozo, pena, amor, odio, nacimiento, vida, muerte.

Todo podía ya irse a hacer puñetas.

Igual. Uno. Nada.

No sólo yo lo percibía así.

Tras esa revelación fue como si el Demonio se apoderara de todos nosotros.

Hussain pegó a Rikke-Ursula porque fue ella la que había tenido la idea de la alfombra de rezos. El gran Hans la emprendió a patadas con Hussain agradeciéndole lo de la bicicleta. Elise arañó a Ole y le mordió tan fuerte como pudo. Entonces Rikke-Ursula pegó a Elise, y Sofie se lanzó sobre el gran Hans tironeándole del pelo y pude ver cómo le arrancaba mechones abundantes. Jan-Johan se lanzó sobre Sofie y la molió a palos. Con la ayuda del piadoso Kai porque también había sido ella la que había tenido la idea de Jesús y la cruz. Frederik le plantó a Maiken una bofetada en la cara y enseguida empezaron a rodar los dos por el serrín hasta que Maiken pudo deshacerse de él porque lady Guillermo le dio una patada a Frederik en mitad de las costillas. Maiken se lanzaba ahora sobre Gerda, mientras Anna-Li lanzaba al suelo a lady Guillermo justo antes de que la pequeña Ingrid golpeara a Anna-Li con una de sus viejas muletas en la cabeza; y después Henrik le quitó la otra muleta y la pequeña Ingrid cayó al suelo.

No vi nada más porque Gerda saltó sobre mi espalda desde atrás y me caí al suelo con ella encima y rodamos las dos por el serrín, revueltas con los demás. Nuestros puños golpeaban con fuerza a pesar de no estar entrenados. Yo tiré a Gerda del pelo y ella a mí. Luego me agarró mi pendiente y tiró de él y chillé de dolor. Aprovechando su sorpresa por haberse quedado con el pendiente en la mano pude quitármela de encima y me levanté de un salto. Me palpé la oreja y mi mano quedó mojada de asquerosa sangre caliente. Y también había sangre esparcida por la barahúnda de cuerpos combatiendo que mi mirada captó, brotaba de los rostros de mis compañeros de clase y despacio iba manchando tanto el serrín como el suelo de cemento.

Parecía que quisiéramos matarnos.

Y de pronto supe que tenía que ir a buscar a Pierre Anthon.

Conseguí deshacerme a patadas de Gerda, que me agarraba por las piernas, con esfuerzo salí del tumulto, desaparecí por la puerta y bajé corriendo por la calle.

Corrí todo lo rápido que pude.

Como nunca antes había corrido.

Resollaba y me dio una punzada y dolor de garganta y en las piernas, pero seguí corriendo. No sabía qué le diría a Fierre Anthon para conseguir que me acompañara a la serrería. Sólo sabía que necesitaba, tenía que llevármelo.

Fierre Anthon estaba sentado en su rama del ciruelo y, vacío, miraba a la nada.

Pude ver su suéter azul, desde lejos, entre los incipientes brotes verde claro. No paré de

correr hasta llegar al árbol, me detuve súbitamente en la acera y por un momento no pude decir palabra; tosía, escupía y jadeaba en busca del aire que se negaba a llenar mis pulmones. Fierre Anthon me miraba sorprendido y no poco divertido con mis fatigas.

—¿A qué se debe el honor, Agnes? —dijo amistosamente, pero con una clara intención de risa burlona por debajo.

Yo no me inmuté por la burla.

—Sofie ha enloquecido —balbuceé tan pronto como volvió a mí el aliento para hablar—. Todos se atacan. Tienes que acompañarme.

Iba a añadir algo más para convencerle, aunque no sabía exactamente qué. Pero Pierre Anthon ya se deslizaba por la rama sin decir palabra, se quedó colgado de los brazos un instante y luego se dejó caer sobre la hierba. Desapareció por el patio y apareció poco después con su vieja bicicleta de hombre; pedaleó con fuerza, sin dejarme posibilidad alguna de seguir su marcha.

Cuando llegué a la serrería, su vieja bicicleta estaba tirada en el borde de la zanja y a él no se le veía por ninguna parte. Había un silencio de muerte.

Abrí la puerta con precaución y entré.

Una terrorífica visión apareció ante mí.

La clase *7°* A rodeaba a Fierre Anthon formando un medio círculo.

Las narices golpeadas y torcidas; las cejas, abiertas; les faltaban dientes; los labios, manchados e hinchados; los ojos, azules y rojos; alguna oreja medio arrancada, y un par de ellos parecía que casi no se podían tener en pie. Todos estaban empapados de sangre y serrín. Pero no fue eso lo que vi. Lo que vi fue odio.

Odio. Más odio. De todos contra todos.

Cerré la puerta y avancé pegada a la pared de la serrería.

Pierre Anthon los miraba uno a uno.

—¡Sois, maldita sea, una pandilla de idiotas! —estalló y meneando la cabeza se adelantó un poco—. ¡Si no existe nada que importe, no hay nada por lo que enfadarse! ¡Y si no existe nada por lo que enfadarse, tampoco existe nada por lo que pelearse! —Los recorrió a todos con la mirada como retando a cada cual a oponerse a lo dicho—. Así que ¿qué estáis haciendo? —Dio una patada al serrín. Miró en dirección al montón y soltó una carcajada burlona—. ¿Os peleáis por ese montón de basura? —y lo señaló desdeñosamente, pero mirándolo se quedó absorto en algo, aunque no era posible saber el qué.

Se acercó un poco más y caminó con lentitud alrededor del montón. Durante rato contempló el ataúd del pequeño Emil con el cuerpo putrefacto de Cenicienta encima. Examinó la cabeza de la perra en lo alto del montón, después dejó deslizar la mirada por encima, del telescopio a la Dannebrog y a Jesús crucificado. Y de los guantes de boxeo a la serpiente sumergida en formol, a las seis trenzas azules y a la bicicleta amarillo neón sobre la alfombra de rezos, a Oscarito muerto y al tieso dedo índice de Jan-Johan. Entonces descubrió algo que no

entendía.

—¿Por qué esa tela? —preguntó señalando el pañuelo a cuadros.

—¡Es significado! —gritó Sofie, histérica—. ¡Es significado!

Fierre Anthon desplazó la mirada de ella hacia nosotros. Fue como si algo empezara a cobrar conciencia en su mente.

—¡Ah, sí, se trata de significado! —gritó colérico agarrando a Sofie. La tenía sujeta por los hombros y la zarandeó hasta que dejó de gritar—. ¿Y por eso lo habéis vendido?

—Significado —dijo Sofie con voz apagada.

—¡Significado, ja! —Pierre Anthon se rió burlón—. Si este montón de basura ha significado alguna vez algo dejó de hacerlo el día en que os pagaron por él. —Se volvió a reír. Soltó a Sofie y miró a Gerda—. ¿Cuál es el precio por Oscarito, Gerda? ¿Cuál es?

Gerda no respondió. Tan sólo se sonrojó y miró al suelo.

Pierre Anthon contempló la bandera y volvió la vista hacia Frederik.

—¡La patria! —se burló—. ¿De verdad que vendiste la patria por el maldito dinero, Frederik? — y meneó la cabeza—. ¡Feliz de verdad de no tener que ir a la guerra contigo de general!

A Frederik se le cubrieron los ojos de lágrimas.

—¿Y la alfombra de los rezos, Hussain? ¿Ya no crees en Alá? —miró a Hussain, que estaba cabizbajo—. ¿Cuál es el precio de tu fe?

Pierre Anthon continuó, nombró los objetos del montón uno a uno y nosotros también empequeñecimos uno tras otro.

—Y tú, Jan-Johan, ¿por qué no te permitías perder toda la mano si, de todas maneras, has mandado tu dedo al diablo y lo has vendido al mejor postor? Y tú, Sofie, ¿qué te queda tras venderte a ti misma?

No le respondimos.

Permanecimos allí plantados rascando el serrír con los pies y sin atrevernos a mirar a Pierre Anthon n los unos a los otros.

—Si eso hubiera realmente significado algo, no 1o habríais vendido, ¿verdad? —concluyó con eso su parrafada manoteando en dirección al montón de significado.

Pierre Anthon había ganado.

Pero entonces cometió un fallo. Nos dio la espalda.

XXIV

Fue Sofie la primera en salir corriendo hacia él; si los demás nos hubiéramos quedado quietos, Pierre Anthon se la hubiera sacado fácilmente de encima. Pero no lo hicimos. Jan-Johan la siguió, después Hussain, luego Frederik, Elise, Gerda, Anna-Li, el piadoso Kai, Ole y el gran Hans, y ya no quedaba sitio en su cuerpo para pegarle al mismo tiempo.

No sé si fue horroroso o no.

Viéndolo ahora de forma retrospectiva pienso que debió de ser muy horroroso. Pero no es así como lo recuerdo. Lo recuerdo más como caótico. Y bueno. Tenía sentido pegar a Pierre Anthon. Sentido el darle patadas. A pesar de que yaciera en el suelo sin posibilidad de defenderse y progresivamente dejara también de intentarlo.

Fue él quien nos arrebató el montón de significado, igual que un día nos arrebató el significado. Él tenía la culpa de todo. De que Jan-Johan hubiera perdido su dedo índice, de que Cenicienta estuviera muerta, de que el piadoso Kai hubiera profanado su Jesús, de que Sofie hubiera perdido la inocencia, de que Hussain hubiera perdido la fe, de que...

Él tenía la culpa de que hubiéramos perdido las ganas de vivir y de tener un futuro, y de nuestra confusión.

Lo único que sabíamos era que Fierre Anthon tenía la culpa. Y que pagaría por ello.

No supimos cuál era el estado de Pierre Anthon cuando abandonamos la serrería.

Yo sé qué aspecto tenía, aunque no fue lo que le dije a la policía.

Yacía raramente desfigurado con el cuello colgando hacia atrás, azul y con la cara hinchada. La sangre le brotaba por la nariz y la boca, y le había teñido el dorso de la mano con la que intentó protegerse. Tenía los ojos cerrados, pero el izquierdo, hinchado, estaba cómicamente torcido bajo la ceja partida. Su pierna derecha yacía rota describiendo un ángulo del todo antinatural, y su codo izquierdo estaba doblado en sentido contrario.

Cuando nos fuimos reinaba un silencio total y no dijimos adiós.

Ni los unos a los otros ni a Pierre Anthon.

XXV

La serrería en desuso ardió toda la noche y también un poco a la mañana siguiente. Después todo acabó.

Yo llegué por la mañana, la última. La mayoría de los compañeros estaban ya allí. Nos saludamos pero no hablamos entre nosotros.

Miré lo que había quedado: un humeante edificio destruido por el incendio.

No podía distinguirse lo que había sido una serrería ni lo que había sido un montón de significado. Exceptuando los restos de muros carbonizados, lo demás era sólo ceniza.

Poco a poco fueron apareciendo los que faltaban y pronto estuvo toda la clase reunida. Nadie dijo nada. Ni a los padres, ni a la policía, ni al *Taering Martes* ni a la gente del museo de Nueva York. La prensa mundial no apareció, pero si hubiera venido sé que tampoco le hubiéramos dicho nada.

No preguntamos por Pierre Anthon, y pasó un poco de tiempo antes de que se relacionara su desaparición del día anterior con el incendio de la serrería. Ocurrió cuando, por la tarde, hallaron sus restos carbonizados allí, en ese edificio asolado. Cerca de lo que una vez fue el montón de significado.

Cuando la policía elucubró la idea de que Pierre Anthon había incendiado el montón de significado y la serrería en desuso porque se negaba a aceptar que nosotros habíamos hallado el significado y con ello nos habíamos ganado la fama, no les contradecimos. Simplemente era triste que él mismo hubiera quedado atrapado en el fuego.

Fuimos al funeral.

Algunos de nosotros lloramos incluso.

Sintiéndolo, creo; yo debería saberlo porque yo era una de ellos. Perdimos el dinero del museo porque a nadie se le había ocurrido asegurar el montón de significado. Pero no llorábamos por eso. Llorábamos porque era todo muy triste y muy bello, con todas esas flores y también las rosas blancas de nuestra clase, porque el pulido y no resquebrajado ataúd, pequeño aunque el doble de grande que el del pequeño Emil Jensen, brillaba a más no poder, reflejándose en las gafas del padre de Pierre Anthon, y porque la música serpenteaba dentro nuestro y se agrandaba queriendo salir pero no podía. Y era así tanto si creíamos en el Dios al que cantábamos como en otro o en ninguno.

Lloramos porque habíamos perdido algo y alcanzado otra cosa. Y porque hacía daño el perder tanto como el ganar y todavía no podíamos poner en palabras lo que habíamos ganado.

Después de que el ataúd blanco y no resquebrajado de Fierre Anthon hubiera descendido a la tierra, después de beber cerveza de funeral en la comuna de Taering-vei, 25, y después de que tanto el profesor Eskñdsen, el padre de Fierre Anthon y otros muchos que no conocíamos, pero que adivinamos debían de ser familia suya, hubieran dicho un montón de cosas bellas sobre un Pierre Anthon que no habíamos conocido, nos fuimos a la serrería.

Una sensación imprecisa nos decía que a nadie le parecería apropiado que nos reuniéramos precisamente ese día allí, así que por primera vez en muchos meses, partimos hacia el lugar de tres en tres tomando las cuatro rutas diferentes.

El edificio asolado había dejado de humear.

Todas las ascuas estaban apagadas y quedaba sólo ceniza y trozos de ladrillos carbonizados, fríos y de tonalidad blanca, gris y negra. Donde había estado el montón de significado parecía que la capa de ceniza era un poco más gruesa pero era imposible detectarlo con seguridad. El lugar estaba cubierto de techo derrumbado y pedazos de vigas. Nos ayudamos para apartarlas. Fue un duro y sucio trabajo, nos quedamos negros de arriba abajo incluyendo la ropa interior.

Hablamos lo menos posible. Simplemente señalábamos con el dedo si nos hacía falta que alguien agarrara el extremo de una viga o de una piedra.

En los basureros de alrededor hallamos botellas vacías, vasos de plástico y cajas de cerillas, recogimos todo lo aprovechable y Sofie fue corriendo a casa para recoger lo que pudiera, de manera que cada uno tuviera un recipiente.

Nos servimos de las manos para juntar la ceniza.

Los recipientes encerraron cuidadosamente aquella masa gris que era todo lo que quedaba del significado.

Necesitábamos guardarlo con tesón, porque aunque Pierre Anthon ya no estaba sentado en el ciruelo de Taeringvei, 25, chillándonos, nos parecía seguir oyéndolo cada vez que pasábamos por allí.

—Si es tan fácil morir, es porque la muerte no tiene ningún sentido —chillaba—. Y *si* la muerte no tiene ningún sentido, es porque la vida tampoco lo tiene. ¡Pero que os divirtáis!

XXVI

Ese verano nos diseminamos por escuelas más grandes, al norte, sur, este yoeste. Y Sofie a un lugar donde se protege a la gente como ella, de ellos mismos.

Nunca más fuimos compañeros de juegos ni nos reunimos ni nos vimos, excepto por la calle y por casualidad si no se podía evitar. Nadie ha intentado reunimos para conmemorar aniversarios de clase o cosas similares, y dudo que alguien de nosotros acudiera si los profesores nos convocaran.

Han pasado ocho años.

Sigo conservando la caja de cerillas llena de ceniza de la serrería y del montón de significado.

De vez en cuando la tengo entre mis manos y la miro. Y cuando abro con cuidado esta gastada caja de cartón y veo la ceniza gris de su interior, siento la misma rara sensación en el vientre. Y aunque no pueda explicar de qué se trata, sé que es algo que tiene significado.

Y sé que con el significado no se juega.

¿O qué, Pierre Anthon? ¿O qué?

NOTA DE LA AUTORA

Hace un poco más de diez años, en enero de 2000, recibí una carta de una editorial danesa preguntándome si escribiría una novela para adolescentes.

Al escribir, mi fuerza motriz siempre ha sido intentar acercarme a algo que yo misma no entendía. Un esfuerzo que nunca creí posible si escribía para jóvenes, de modo que la petición fue a parar de inmediato al montón de los *No, gracias*. Sin embargo, durante la hora siguiente escuché una extraña voz en mi cabeza que decía:

«Nada importa. Hace mucho que lo sé. Así que no merece la pena hacer nada. Eso acabo de descubrirlo.»

Tangible de un modo inquietante, Pierre Anthon, de catorce años, acababa de nacer. Escuchando sus desmoralizadoras afirmaciones, que no podía rebatir, no me quedó otra opción que escribir a los compañeros de clase de Pierre Anthon, en un intento desesperado por demostrarle que estaba equivocado. Para convencerlo a él, pero más que nada a ellos mismos, de que en la vida sí hay cosas que importan.

No tenía ni idea de lo truculenta que, inevitablemente, esta misión iba a volverse. No tenía ni idea de dónde terminaría. Y fue sólo mientras escribía que me di cuenta de que toda mi vida había llevado un Pierre Anthon dentro de mí; lo que, si no estoy muy equivocada, le pasa a la mayoría de la gente.

Mientras escribía *Nada* pasé a tener de nuevo catorce años. Pero después me di cuenta de que eso no hacía al libro necesariamente más ingenuo, como había sido mi temor. Sólo tuve que liberarme de todo el equipaje que llevamos como adultos: todas nuestras ideas preconcebidas sobre cómo se supone que tienen que ser las cosas, las decisiones con las que respondemos a (o ponemos a un lado) todas las preguntas sin respuesta de la vida. La gente joven todavía está abierta a las grandes preguntas. Tienen que buscar un sentido a sus vidas como base de las decisiones que van a tomar cuando opten por un camino u otro en la vida. El volver a tener mentalmente catorce años me ha permitido observar los inmensos interrogantes de nuestra existencia con ojos tan abiertos como los de los jóvenes.

Así, *Nada* se convirtió en mi propia búsqueda de sentido. Fue una experiencia extraordinaria y desafiante, que finalmente hizo que en mi cabeza me hiciera amiga de Pierre Anthon.

Para mí, *Nada* ha sido siempre y en primer lugar un cuento. Un cuento que hubiese querido leer con catorce años, un cuento que extrañamente todavía me sentía con la necesidad de leer cuando lo escribí con treinta y cinco, y la verdad es que todavía me gusta leerlo ahora con cuarenta y seis.

Por eso, la virulencia de la oposición con la que *Nada* se ha encontrado a lo largo del tiempo nunca ha dejado de sorprenderme: primero el editor no quería publicarlo, después —en un lugar tan liberal como Dinamarca— los adultos pensaban que a los adolescentes no se les debería permitir leerlo, y en una región de Dinamarca fue incluso prohibido en las

escuelas durante años. Más tarde, cuando *Nada* fue cada vez más traducido en el extranjero, la historia se siguió repitiendo: en Noruega fue prohibido en escuelas del oeste el país, en Francia hubo librerías que se negaron a comercializar el libro, y en Alemania unos padres no permitieron a sus hijos leerlo, aun cuando su profesor lo había incluido en el currículo.

Sí, el tono de *Nada* es oscuro. Sí, tiene sus momentos duros. Sí, cuestiona mucho de lo que normalmente damos por sentado. Sin embargo, para mí siempre ha sido un cuento de esperanza y luz. Una luz que quizás nunca pueda alcanzar a los niños del libro, que cometen actos tan horribles, pero una luz que está ahí para el resto de nosotros. Afortunadamente, algunos lectores eso siempre lo han visto, y *Nada* ha tenido fuertes apoyos a lo largo del camino, a los que siempre estaré agradecida. Sin ellos, este libro seguramente no habría llegado nunca a tus manos.

Ha llevado tiempo, pero en los últimos dos años me ha alegrado mucho ver como *Nada* ganaba una creciente aceptación y muchos más lectores. Más importante: yo misma ya no me asusto de Pierre Anthon, al que sólo estoy agradecida porque me hizo abrir todas las ventanas del oscuro, precario y tentador desván existencial que llevaba conmigo. Ahora hay luz y puedo visitarlo de vez en cuando sin abatirme. Pierre Anthon podría tener lógicamente razón si observamos la vida a largo plazo. Pero la cuestión es que no vivimos en el largo plazo, vivimos en el corto, aquí y ahora. Ha abierto mis ojos a lo verdaderamente sorprendente que es la vida, cuando no la reprimimos con artificiales y auto impuestas reclusiones.

Mi deseo es que Pierre Anthon tenga el mismo efecto en todos aquellos que alguna vez se crucen con él.

JANNE TELLER

Nueva York, 7 de septiembre de 2010

TEXTO DE SOLAPA

SOBRE *NADA*

«*Nada* es un libro que te influye para siempre. Merece ser leído y releído muchas veces», *Lirado.*

«Un cuento de hadas situado en la vida cotidiana. Puede leerlo todo el mundo, algo que sólo sucede con los mejores libros», *Politiken.*

«Impresionante. Janne Tefler consigue mantener el suspense hasta la última página... Gran arte», *Le Matricule des Anges,*

«A la altura de un Premio Nobel», Lena Kjersen Edman.

«La novela más importante del año», *Sandejjords Blad.*

«Hacía tíempo que no leía una novela que me impresionara tanto», *Skolebiblioteket.*

«La provocación de la novela reside en su pregunta existencia!: ¿cuál es el sentido de la vida? Y Teller consigue ir más allá, ya que también explica lo que no tiene sentido: dinero y fama. *Nada* Eeva a los lectores a un extraordinario viaje por la mente. ¿Qué más puede dar la literatura?», *KulturSpiegel.*

«Janne Teller muestra cómo surge y funciona el fundamentalismo. Y eso no es poco mérito», *Die Welt.*

«No es una novela realista, sino una fascinante parábola psicológica sobre el valor y la cobardía, sobre la atracción y fascinación de la crueldad, sobre la fuerza de seducción de las ideologías y la búsqueda del sentido de la vida. *Nada* conmueve por el hecho de que lo que narra no es probable pero sí imaginable, y sucede de manera irrefrenable como un drama antiguo. Nadie dejará este libro sin emocionarse», *Deutschlandradio Kultur.*

«La novela de Janne Teller nos obliga a reconsiderar nuestros valores», *Neue Zürcher Zeitum.*

Texto de Contraportada

NADA

JANNE TELLER

Fierre Anthon deja el colegio el día que descubre que la vida no tiene seHtido, Se sube a un ciruelo y declama a gritos las razones por las que nada importa. Tanto desmoraliza a sus compañeros, que deciden reunir objetos esenciales con el fin de demostrarle que hay cosas que dan sentido a quienes somos. En su reto arriesgarán parte de sí misinos y descubrirán que sólo al perder algo se aprecia su valor. Pero entonces puede ser demasiado tarde.

PREMIO AL MEJOR LIBRO EN 2001 DEL MINISTERIO DE CULTURA DANÉS

PREMIO LIBBYLIT A LA MEJOR NOVELA DEL ÁMBITO FRANCÓFONO

MEJOR LIBRO EN 2010 POR EL PERIÓDICO ALEMÁN *DIE ZEIT*

«Inolvidable y eterna. Tiene todas las características de un clásico», *Booklist.*

«Literariamente excelente, cuenta hasta qué punto la gente está dispuesta a dejarse guiar por el miedo. Logra analizar preguntas filosóficas fundamentales de una manera excep-cionalmente clara», *ZDF Aspekte.*

«*Nada* funciona como los clásicos del género, como *La ola* o *El señor de las moscas.* Es la historia de una escalada dramática que al final plantea varias preguntas. ¿Qué es importante? ¿Cuáles son los límites de la tolerancia? ¿Qué puede servir como guía moral para nuestra vida en sociedad?», *focus.de*

«Uno de los libros más literarios y filosóficamente interesantes de los últimos años», *Tages-Anzeiger.*

«*Nada* anima a sus lectores a tomar decisiones sobre sus propias vidas. Describe una búsqueda que cada uno de nosotros nos plantearemos alguna vez, pero que nunca ha sido contada de manera tan impactante», *Die Zeit.*